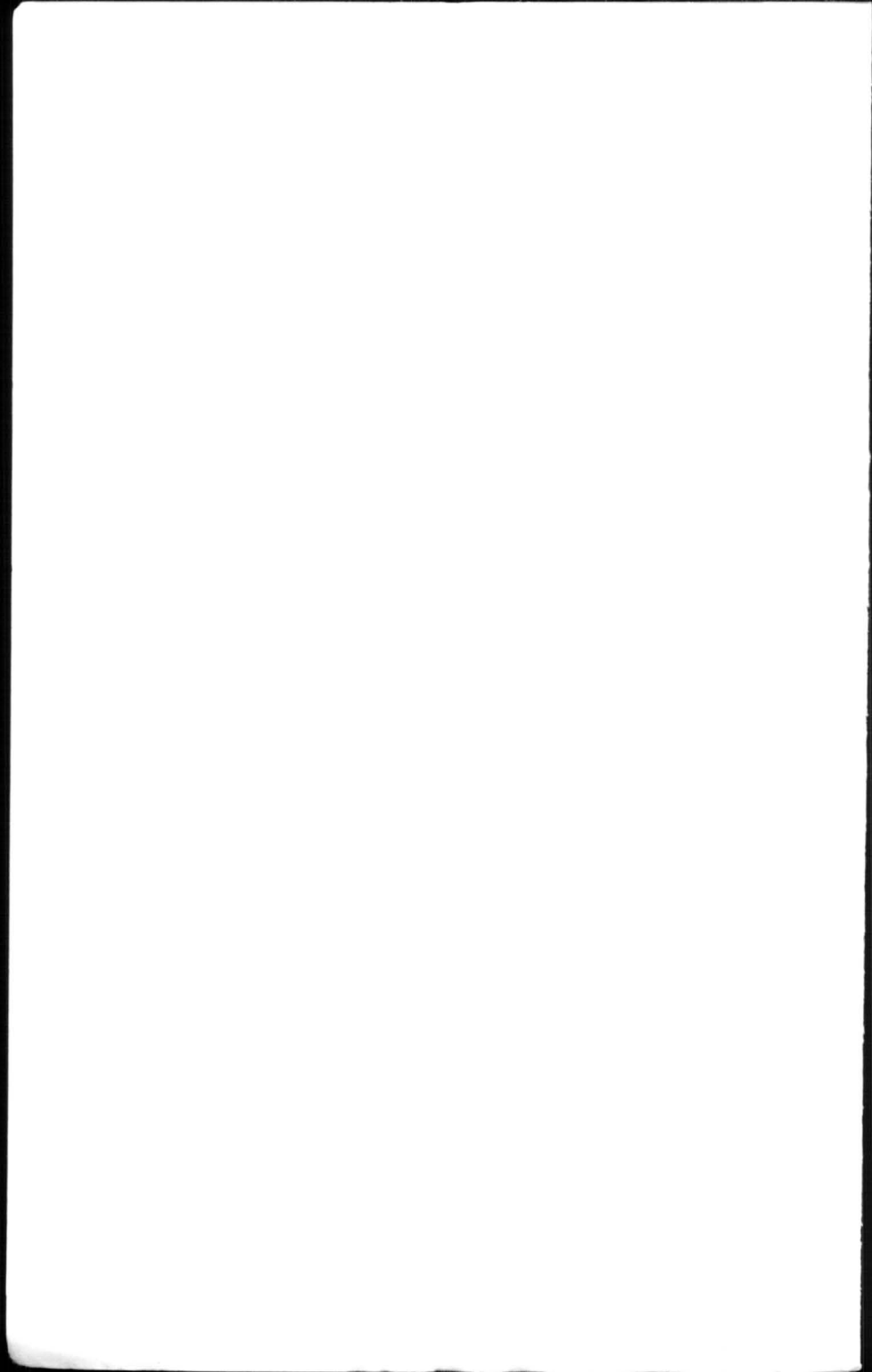
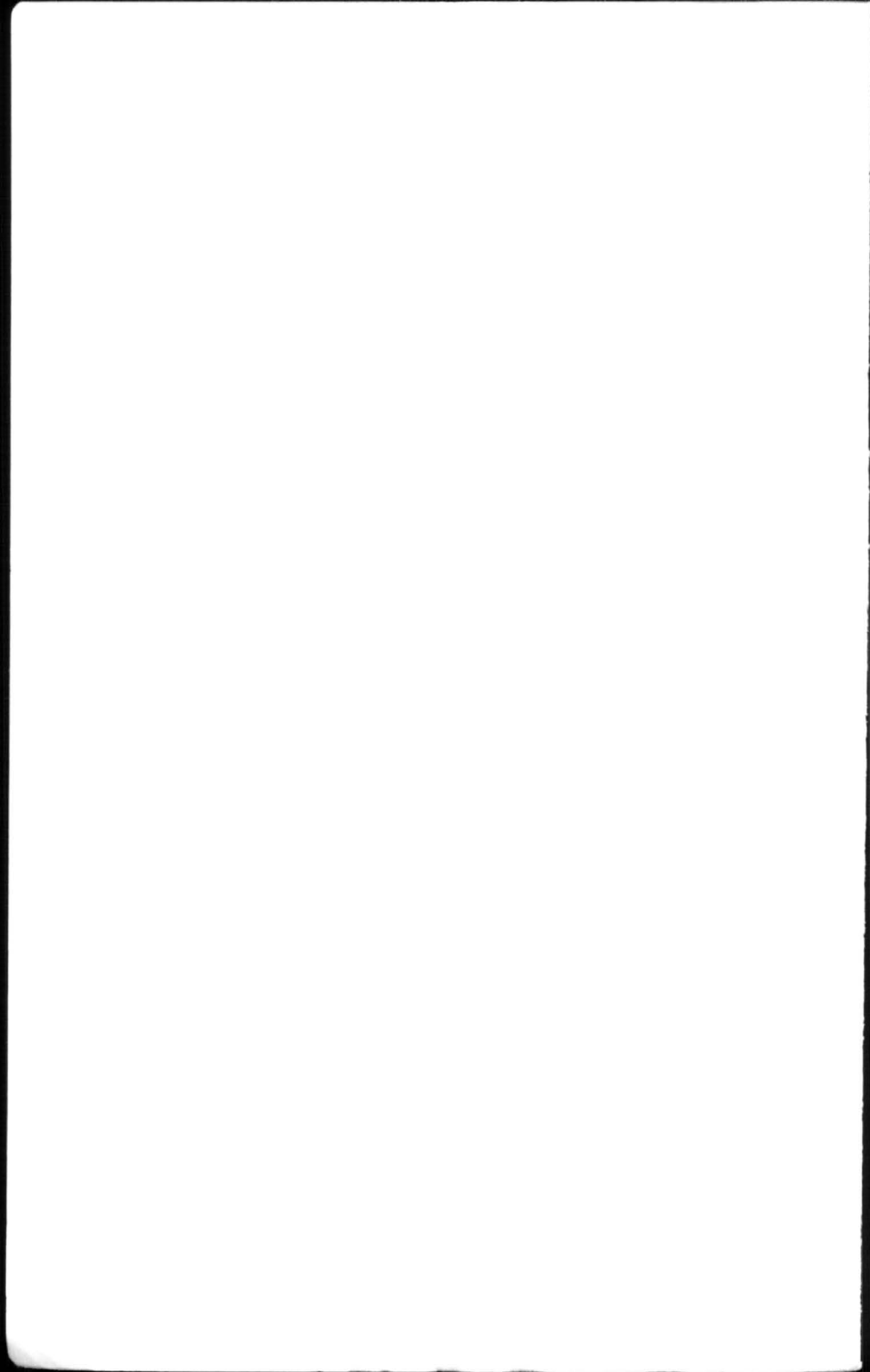


DONATION
HUMANITIES
GPM
of 102103
✓
/



CANTAR DE CANTARES A SAN LUIS POTOSI



JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA

CANTAR DE CANTARES
A
SAN LUIS POTOSI

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

1 9 9 2

EX LIBRIS



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U.A.S.L.P.

No. DE REG.

FL1323

M868-114
P403

ISBN-968-6194-52-5

0298-92053-A0048

Editorial Universitaria Potosina

INTRODUCCION

Este es un coro polifónico de treinta poetas que han cantado, en allegro vivace, a la ciudad de San Luis Potosí, reunidos ahora en el mismo foro para festejar el cuarto centenario de su fundación.

Tales poemas que van de 1837 a 1986 y que, por lo mismo abarcan siglo y medio, evocan no sólo el paisaje urbano y el contorno físico, sino también el espíritu y el latido que configura esta ciudad de piedra y cielo, el inmenso valle cerrado por montañas y azules infinitos.

El poema firmado por un enigmático J. N. Salgado, y publicado en una hoja volante, el año de 1837, es el más antiguo que hemos encontrado; de ahí su valor histórico, así carezca del estético.

La heterogénea condición de esta antología combina voces remotas y próximas, de entonación y estilo dispar, de calidad variable y formas desiguales; pero acaso este diversificado modo del canto, haga más variada, si no más interesante, esta selección.

Para los amantes de la estadística, suman quince los poetas nacidos o avecindados en San Luis Potosí; doce me-

xicanos que ocasionalmente visitaron la ciudad llevándose, con Ramón López Velarde, "la mancha de púrpura de su deslumbramiento". Confluyen tres españoles: Francisco Villaespesa, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Benítez Carrasco, "romeros alucinados" que, al mirar y admirar la ciudad, tradujeron el arrobo en un cántico.

Cuatro mujeres se suman al coro, las cuatro con voz entonada y cordial: Margarita Paz Paredes, Amparo Dávila, Lucha Corpi y María Luisa Mendoza en una prosa muy lírica.

Aparecen los poemas en orden cronológico de publicación, por lo que se inscribe la fecha después del título. Al final, va una suscita biobibliografía para situar más nítidamente al poeta y a su obra.

Manuel José Othón, nuestro mayor lírico, no escribió poema alguno a la ciudad natal y mortal; pero volcó todo su amor por el terruño y sus gentes, en los sentidos y musicales alejandrinos de su Canto del regreso que recitó en el Teatro de la Paz, el 28 de agosto de 1904, después de haber estado ausente de San Luis Potosí por unos siete años:

*"Ya estoy aquí. Depongo mi báculo de viaje;
cabe el fogón, me siento junto a todos los míos. . .
La heredad. ¡Qué amorosa! ¡Qué divino el paisaje!
¡Qué bienestar inmenso bajo el verde frondaje
regado eternamente por los paternos ríos!"*

*SONETO O HIMNO A LA CAPITAL
DE SAN LUIS POTOSI. 1837*

dedicado por uno de sus más rústicos hijos

J. N. Salgado

Salve ilustre pueblo potosino,
depósito precioso de bellezas;
salve apreciable joya de riquezas,
admirable tesoro peregrino.

Salve altura de mis días y mi destino
en do la luz primera vio mi niñez,
salve en fin, patrio suelo, do con terneza
vuelvo a respirar tu soplo venturino.

Hoy un hijo agradecido te saluda
transportado de gozo y alegría,
pues mira en tu seno la primer cuna

que el mundo preparó a su venida
dándole con esto, honra y tal fortuna
que al orbe emulará y causará envidia.

SAN LUIS POTOSI. 1917

Francisco Villaespesa

Blanca ciudad, alegre y cristalina,
de alma de nardo y corazón de rosa,
donde el errante trovador reposa,
como una fatigada golondrina

junto a un naranjo en flor. ¡Una divina
aurora de ilusión tu sien radiosa
corona de esplendor, y una gloriosa
primavera de ensueños te ilumina! . . .

¡Todo, en tu cielo de zafir, se exalta:
todo, en tu encanto de jardín, se aquieta! . . .
¡Para ser andaluza, sólo falta

a tu regia y eterna maravilla
que te dé la Giralda su peineta
y te preste la Alhambra su mantilla!

SAN LUIS POTOSI. 1919-1922

David Alberto Cossío

I

Rancio jirón del feudo mexicano
¡fulges en los anales y culminas!
¡tus hechos, como plata de tus minas,
fueron pasmo del rudo castellano!

Enmarañado bosque y fresco llano:
como en vuelo de águilas andinas,
cruzaron por tu cielo las divinas
odas de Othón, en estío soberano! . . .

¡Bendito lar . . . arrullen tus montañas,
los románticos sueños de fazañas
que en tus selvas umbrosas y secretas,

Y en la rústica paz de tus senderos,
ven desfilar aún a tus guerreros,
oyen cantar aún a tus poetas! . . .

II

¡Duermen en tus mansiones señoriales,
de felices y espléndidas memorias,
tus armas y tus lirás y tus glorias,
glorias, armas y lirás inmortales! . . .

¡Se yerguen tus egregias catedrales,
del arte colonial ricas victorias;
y en tus telas de araña, las historias
tejen, en luz, leyendas sin iguales! . . .

¡Cuando en su gira celestial nocturna,
la luna — reina loca y taciturna—
por el azul vergel de tu palacio

cruza, de angustias y silencio llena,
imagino que vaga en el espacio
don Juan de Oñate, con el alma en pena! . . .

III

¡En tus montañas, las montañas mías,
el rumor incesante de su fronda
parece que nos habla de la honda
vida huraña y feroz en que vivías;

y el sagrado dolor de aquellos días
que más y más en el misterio ahonda,
deja trémulos rezos en la onda,
y en los aires, salvajes sinfonías! . . .

¡Por veredas selváticas y ogreñas
desgarrando su manto entre las peñas
y sangrando sus pies entre las abras.

Diego de la Magdalena, el penitente,
entenece las aguas del torrente,
con la santa emoción de sus palabras! . . .

IV

¡Lares donde el dolor dejó sus huellas,
y templó, de las almas, el acero;
y en valle claro y en el monte artero,
ardió en combates, como en mil centellas! . . .

¡Lares con el candor de las doncellas,
en los que aún conmueve el lastimero
canto del indio, que en antaño, fiero
domaba tigres y flechaba estrellas! . . .

¡Vivan en paz tus bendecidos lares,
al amor de recuerdos tutelares! . . .
¡tu pasado, poeta legendario,

ha de ser el guardián de aquella gloria;
y la cruz pastoral del campanario,
perseguirá las fastos de tu historial! . . .

FRAY DIEGO DE LA MAGDALENA. 1939

José Lastras Ramírez

Por el dorso azul del monte
reverbera la silueta
de un eremita que avanza
anegado en luna llena.
Un crucifijo en los brazos
es su adarga en la pelea
y su símbolo una blanca
y agrietada calavera.
Su figura borda sombras
entre la alunada arena;
su tosco sayal se mece
herido por las estrellas.
La luna envuelve al paisaje
en hilos de tenue seda,
y suelta a los cuatro vientos
la flor de su cabellera.

Errante va por la noche,
próvida en grillos y estrellas,
el estoico franciscano
Diego de la Magdalena.
Sus pies van llorando sangre



y la dulce cantinela
del pífano azul del viento
canta un himno en la maleza.

Sus ojos negros se pierden
en la línea macilenta
que en el horizonte opaco
marca el perfil de la sierra.
Con fe inquebrantable busca
las assoladas mesetas
del valle de Tangamanga,
la cuna de su epopeya.
Mas no ve sino despojos
incoherentes de la guerra:
blancos cráneos esparcidos
como lunas en la arena;
largos huesos que en la noche
fosforecen como hogueras
de una raza que luchando,
quedó hecha luz en la tierra.
Fueron soldados de Oñate,
fueron hombres de epopeya
muertos por los pedernales
del salvaje chichimeca.
Ha despertado el silencio,
la aurora blanca clarea
y por el oriente opaco
desgarra la noche negra.
Por el valle solitario
ya se perfila la aldea;
los espectros de la sombra
están dejando la tierra
y en las ondas del estanque
ya se ahogaron las estrellas.

Con seguro paso avanza
el fraile por las orillas
de un arroyuelo que gime
al pisar sus claras linfas.
Los estramonios cansados
sus flores blancas inclinan
sobre el agua que las besa
y que, al besarlas, suspira.

Con la luz de la mañana
el fraile tardío camina,
internándose en el pueblo
para sembrar la semilla
evangélica de Cristo
en las tribus huachichilas.
Sus toscas sandalias rompen
las saetas cristalinas
del rocío, que llora perlas
en las flores de Artemisa.
En el encaje del bosque
da a conocer la doctrina,
la tizona immaculada
con que él hace la conquista:
las que no han podido hacer
los leones de Castilla
con sus lunas de Toledo;
ni, con sus flechas bruñidas,
los halcones de Tenoch,
de raza fuerte y altiva.
Sus pies descalzos recorren
pueblos de la selva umbría
y la sangre de sus plantas
la sed de sangre mitiga

a la estepa, donde pone
afelpadas flores guindas,
tibios pétalos de lirio,
de amapola y clavellina.
Y cuando la noche cierra
su túnica con fatiga,
el fraile retorna al pueblo,
lleno de cardos y heridas.
Por el cementerio en sombras
de abrojos y maravillas,
se oye el eco de sus pasos
al cavar la fosa umbría
para el cuerpo inanimado
del obscuro huachichila.

Herida de plenilunio,
la tarde azul muere en brumas;
mascarada en fondo gris
por el monte va la luna,
reflejando en las ondinas
de las charcas, su blancura.
La jauría gime a lo lejos
desde las silentes tumbas
y sus lóbregos aullidos
la paz del silencio enlutan.
La muerte espía tras la celda
de Fray Diego, que murmura
siete salmos celestiales,
sumergido en la penumbra.
Sus párpados entornados
lloran gotas de amargura,
que ruedan como diamantes
sobre sus manos desnudas.
Ya sus ojos se han cerrado,

murió su oración convulsa;
las estrellas amortajan
con marfil su faz adusta.
Ya cesaron los aullidos
y por el monte, la luna
llora lágrimas de nácar
maculadas en penumbra.

ODA FUNAMBULESCA
A SAN LUIS POTOSI. 1942

Jesús Zavala

De mis ciudadinas soledades,
vuelvo los ojos hacia tí,
enfermo de nostálgicas saudades,
ciudad del Potosí.

 Mi conciencia
se desgajó del árbol de la ciencia
al conjuro del viento
y de la música del sentimiento.

 En la quietud de tus jardines
ví florecer la luz del pensamiento
y esfumarse el palor de los jazmines
en el aroma del encantamiento.

 En las ojeras de tus crepúsculos lilas
se entreabrió el amaranto
de mi alma impregnada del encanto
de tus calles tranquilas
y del alegre son de tus esquilas.

 En las noches heladas,
caminando al azar por tus barriadas,
— Tequisquiapam, San Miguelito —
ví tremar las estrellas
como rosas aladas

y proyectarse el infinito
en el fulgor de sus centellas.

Y lo que aún excita mi emoción
es el Cinto de Orión.

Los Reyes Magos
son en la peña de mi corazón
floridos jaramagos.

En las noches de plata
la flor y nata
de tus hijas
en torno de la plaza principal,
se prende a las sortijas
de la banda municipal,
que escancia la dulzura de sus notas
en la copa ideal
de romanzas ignotas
y cantares añejos,
que hacen vibrar el alma de los viejos.
En las verbenas
me embriagaba la voz de las sirenas,
el néctar delicioso del colonche
y la acritud del ponche
que eran para mi amor
el máspreciado "cobertor".

La potosina
es una ave divina
a quien galante,
como buen estudiante
deseoso de amar, decíale al pasar:
"Ojos de satiresa,
labios de corazón,
con tu rebozo de Santa María
eres el alma de la tierra mía".

Su gracia es una fresa
en el "Cocktail" de mi emoción.

En plena juventud
me corroía la inquietud
de una ignorada vida sin historia.
Creía que la gloria
alguna vez me envolvería en sus fulgores
y me ofrendaría sus flores.

Sentíame poeta.

Tenía corazón.

Soñaba con
la albura de Beatriz y la rosa de fuego de Julieta.

Símbolo de mi anhelo,
de tus torres las místicas antenas,
vertían el consuelo
necesario para mis penas.

"El Mago Medellín"

era un árbol añoso
de un dorado jardín
o la irisiada espuma de un río caudaloso.

A la vez que Luciano
era como un hermano
y Ramírez Arriaga
hundía en nuestros cuerpos de faquires
la venenosa daga
de sus irónicos decires.

Los rústicos poemas de Manuel José Othón
eran para la pléyade la sola religión. . .

El soplo de los vientos
dispersó la baraja de nuestros pensamientos
y la rosa de nuestra simpatía
diafanizó mis sentimientos,
(Sólo la incuria del ocre opaco de la lejanía
llena mi alma de melancolía).

Cuidad de mis mayores,
a través de la ausencia,
vuelvo los ojos hacia tí, como Dante a Florencia,
y te ofrendo la esencia
de mis flores y de mi devoción
en la púrpura de mi corazón.

FCH323

CANTO A SAN LUIS. 1942

Salvador Gallardo

Invocación.

¿Quién pudiera entonar la sinfonía
grandiosa de tu selva de granito,
oh ciudad musical, que el infinio
alcanzas con tus manos de armonía,

sino aquél que en su ingente poesía
el "Himno de los bosques" ha transcrito
y en medio del "Desierto" lanza un grito
de excelsitud, de amor y rebeldía?

En el altar de genios protectores,
permítame, ciudad de mis mayores,
que en filial y emblemática oblación,

la ritual obsidiana — el pensamiento —,
desgarre mis entrañas, en incruento
holocausto, te ofrenda el corazón.

Potosí.

En tu seno prolífico y sagrado
amamantó la Fama su leyenda
y fuiste imán de aquella senda
ingenua y ambiciosa del-Dorado.

Cuando exhausto dejaron tu costado
—iluso gambusino sin enmienda—,
aferróse al zafiro de tu tienda
por oros de tu sol reconquistado.

Y es que el garbo y la sal de tus mujeres
valen más que aquel oro de placeres:
sirenas son que encanta su hermosura.

Y tus hombres audaces y gallardos,
si tienen la aspereza de los cardos,
en sus frutos esconden la dulzura.

El Santuario

Cataratas de auroras congeladas
por los soplos inhóspitos del polo.
Témpano agudo que surgiera al solo
hundirse el espolón de tus calzadas.

Milagro de tus torres, dos lanzadas,
que lleva en su costado al dios Eolo;
y, al bautizo del alba, lanzas bolo
en puños de lucientes campanadas.

El "Buen Cura" que vio que su curato
incubáse un águila bravía
para dar a la patria libertad,

acude a consagrarte con recato,
y al leer en tus torres la osadía,
en tu pendón prendió su heroicidad.

La Catedral

Causó pavor tu extática grandeza
a mi embobada juventud temprana,
y en orfandad, tu torre soberana
anegaba mi alma de tristeza.

Supieron el poder y la riqueza
emparejarte con tu torre hermana;
sólo que, si gemelas, la lozana
nunca igualaba tu otoñal belleza.

Ipandro te donó en el Centenario
orfeónico y sabio campanario
que recitaba el himno nacional;

y ante el fracaso de aprender la estrofa,
con carcajada homérica se mofa
en sus nichos la corte celestial.

San Agustín

El viejo templo pulcro se engalana
en las fiestas y bodas de tronío,
y "El Aguila" despliega el poderío
de su saber sobre la grey cristiana.

De lo alto de la torre una campana
arroja tercamente el vocerío
de su red impalpable sobre el río
bullente de la vida cotidiana.

El recuerdo se azula en la distancia,
y mi afán de beber sabiduría
me conduce a emular sólo tu infancia;

pues al surcar el mar-filosofía,
el mísero bajel de mi ignorancia
zozobra ante tu suma teología.

El Carmen

La churriguera de tu audaz portada
enredó mis ensueños juveniles
y en tus retablos afloré pensiles
con floración de "carmen" encantada.

Adiviné en tus claustros la Soñada
en medio de los coros infantiles
y allí forjaron todos mi abriles
plateresca hornacina a la Adorada.

Hoy que las manos crudas del invierno
amenazan grabar sobre mi frente
el dantesco resabio de un infierno,

descorro la mampara del presente
y un resplandor ultraceleste y tierno
me inunda con su luz iridiscente.

Envío.

Jardín del Estudiante, Compañía,
Instituto de Ciencias del Estado,
cómo a la evocación de mi pasado
surgen las fases de la vida mía.

Recuerdo que estudié la geometría
en tu sonoro y limpio embaldosado
y hasta el juego de damas que ha impregnado
mi alma de sutil melancolía.

Por tu materno amor al darme ciencia,
porque me abroquelaste la conciencia
contra los golpes ciegos del destino,

hoy, al tornar a mis paternos lares,
te ofrezco reverente mis cantares
y desciendo, ya en paz, por mi camino.

CANTO A LA CIUDAD DE
SAN LUIS POTOSI, 1942

Miguel Alvarez Acosta

Como quien se desata
de su propia raíz y se disgrega
en un mar infinito, así, un día,
dejé tu paz bucólica y serena
y até mi báculo al clamor del viento
por cumplirte, oh San Luis, una promesa:
volveré como Ulises, viejo y sabio
a enjugar el tormento de Anticlea. . .
Y así fui por los soles extranjeros,
bebí el licor amargo en copa ajena
y aprendí el evangelio de tus voces
más allá de la forma y la presencia.

Recuerdo el día preciso en que aferrado
a la ventana del convoy, inquieta,
angustiosa y demente la mirada,
se perdió en el confín de tu alameda.
Como un grave suceso de mi andanza
desde el hondo puñal de aquella fecha,
mi inspiración te pule y te humaniza.
Oh provincia romántica y risueña,
monjil y casquivana y soñadora,

nostálgica y coqueta.

Te humaniza al mirarte tal cual eres
con tu olor a jazmín y a ropa nueva
y te pule en el alma al contemplarte
toda jardines, templos y verbenas.

Amor de los jardines, te define
la provinciana sed de las parejas
que al Santuario encaminan. Los cipreses
anuncian esa zona plañidera:
Hospital, Lazareto, Cárcel, Templo,
tetralogía dolida y pedigüeña.
Y allá van los amores, la avenida
larga como un dolor en línea recta,
remata en una fuente, un jardincito,
meditativo y grave, complementa.
El ángelus tardero suele hundirse
cuando las sombras del amor regresan.

Fiestas de barrio que en colonche bañan
a San Miguel de Piedra;
serenata, confeti, matachines,
loterías y requiebros de gardenias,
suspiro religioso templo adentro
y en el atrio la pólvora y la cera.

San Sebastián que a San Miguel hermana,
la Merced y su fuente donde empieza
la Calzada de fresnos que conducen
a la Guadalupana Residencia.

Santiago, rumbo norte, casas tristes,
porque es media jornada, quién dijera,

en ese viaje amargo que al Saucito
hacen los que se van y ahí nos dejan.

A Vicente Guerrero están sitiando
tres templos y un jardín, Orden Tercera,
Corazón de Jesús y San Francisco,
penumbra teologal y recoleta.

San Juan de Dios con su jardín urbano,
Dominicos de codo con la escuela.
Templo de la humildad, El Montecillo
herido por las máquinas patieras.
San Agustín con su jardín umbroso,
sus rosales, sus lirios y altas verjas.
Tlaxcala en los confines del mercado
del Rebote y su pléyade alfarera.

Donde el sol se reclina, tu levantas,
Tequisquiapam, lujosa residencia,
afán de modernismo que predica
desde Morales la alta chimenea.
Los fresnos que al arsénico resisten,
el Parque Amado Nervo, una ladera
florecida y bucólica, Los Filtros,
filtra sueños, lunadas y meriendas.
Crucifican la Curva tus caminos,
La Garita, Morales y La Presa,
y tu sangre se va a Guadalajara
por la lanzada de la carretera.

Viene a la memoria las memorias
de aquella edad precoz de la inocencia,
ansia de presentarme endomingado,

pelo brillante, indumentaria nueva,
al Teatro de la Paz, ex-filigrana,
que afuera imita al Partenón de Atenas;
afán de huirme hacia la Tenería
toda cuajada de olorosas huertas,
Españita y Tanque de Don Pepe,
La Cañada del Lobo y La Pedrera,
El Desierto, capilla entre los montes
que mil retablos de fervor encierra.

De tu profano inciso se desprenden
las aventuras de la adolescencia:
por la Calle de Hidalgo te seguía,
oh amada múltiple, y en cada vuelta
tus ojos y mis ojos se tuteaban,
sonrisas, entendidos, dejos, señas
y luego aquella ensoñación que ardía
en un vals sus estrofas volanderas,
El Casino, La Lonja, La Normal,
El Colegio, el Tívoli, El Azteca . . .
A cuantos viven la hora apasionada
despreocupadamente dibujar la senda
que hoy recorren con niños de la mano
y las que fueron jóvenes y bellas.

Y cómo he de olvidarte, si he vivido
de tu atmósfera plácida y serena,
si monaguillo hurté tantas limosnas
a la piedad llovida en las bandejas
y me extasié en las mágicas pinturas
robadas al Cabildo en la revuelta;
si conocí el milagro orfebrecido
de Aranzazú y del Carmen y la egregia
Catedral que exornara Ipandro Acaico.

Oh San Luis Potosí, rojas guirnaldas
de inquietudes en flor te perimetran,
tu credo universal y sensitivo
ama lo mismo al cisne que a la ameva,
al geranio y al líquen y al lucero,
jónico mármol y adoquín de piedra.
Por eso, para mí, vas confundida
en una azul palpitación entera,
más allá de las castas y el repudio
y el frío tabique de las diferencias,
un techo fraternal cubre ese puño
de corazones ávidos que esperan.

Lejos de la virtud que te define
y triunfa a la sequía de las mesetas,
el hijo pródigo a tu rumbo inclina
la inspiración fluvial del que regresa;
y así como quien busca en un museo
las cosas que más dicen por ser nuestras,
he de volver al feudo enamorado
y he de ir por estrechas callejuelas
topográficamente, cordialmente
enhebrando personas, sitios, fechas;
tornaré a confundirme en tu vivero
como una zarza torna a las violetas
a decirte al oído mis pecados
y los goces pueriles que me enferman
y a dejar la diadema de mis lágrimas
en el prodigio negro de tus trenzas.

Soy esclavo de Othón, sigo las sombras
de Sarabia, Carmona y Bocanegra;
ya en Ahualulco la piedad de un indio

recoje los arpegios de la selva;
un místico nocturno se acrisola
en el llanto glacial de las estrellas
y con el alma en floración devota,
como una conjugación de Alfa y Omega,
el hijo pródigo a tus pies deshoja
la canción de San Luis en un poema.

San Antonio, Tex. U.S.A.

EPISTOLA DEL REMOTO LUGAREÑO. 1943

Miguel Alvarez Acosta
Al muralista Fernando Leal

Alguna vez, hermano, me pedías
que en un hondo poema describiese
a San Luis Potosí, que tú llamaste
la Ciudad Transparente.

Forastero que ama de tal modo
a nuestro hogar mayor, bien que merece
ser un hijo adoptivo, y en su nombre,
traducir el paisaje y el ambiente
al idioma que nutre a los nativos
hasta hacernos fanáticos, perennes
glosadores del pulso misterioso
que bajo el panorama se estremece.

Un potosino, como tú quizá,
siempre sabe cumplir lo que promete;
además, el motivo que tú diste
es para mí tan hondo y sugerente,
que prometí regarlo y florecerlo
como un rosal humilde sobre el césped.

Lejos ya del hogar y la provincia,
pensé que alguna vez, probando suerte,
Clemencia Isaura al conocer mi valle
descrito en asonantes, tal vez fuese
doblemente piadosa,
otorgando una rama de laureles
al cantor lugareño y al que paga
(compromiso en romance) lo que debe.

No sé por qué sentí que ella vendría
desde Provenza, milagrosamente,
para ser la madrina de un poeta
en la severa corte de los jueces;
y aquella convicción cayó tan hondo,
que no ha habido ansiedad que la postergue.

Acá, donde los indios seminoles
relatan sus leyendas, mientras tuercen
la anacrónica trenza
bajo un dosel de plumas y oropeles,
fuman en largas pipas
de tazas breves
y escancian con resina las fogatas
que desangran el vientre
tenebroso y profundo
de la noche silvestre;
acá, donde las torres petroleras
se escurren en los patios como duendes
y succionan el mundo por los senos
ocultos del aceite;
donde los potentados rascacielos
fijan cotizaciones permanentes
al acero, la copra y el vanadio,

y las calles se inundan de cadetes,
marinos y aeronautas que comentan
la cascada de sangre más reciente,
acá vengo a cumplirte mi promesa
de escribir un poema, tènue,
a mi noble ciudad, rosa del alma,
cesta de las más cálidas mercedes,
circuito de mis sueños y mis ansias,
ferroviario balcón de tus pinceles.

Es un trazo que peca de sensible;
mi geografía en tu mural, pretende
trazar el panorama con las voces
del abuelo que al niño sobrequiere,
da perfil de heroísmo a sus errores
y en su dogma cordial, lo alaba siempre,
exagerando el colorido, hablando
hiperbólicamente.

Amo yo mi ciudad con tal delirio,
que no queda rincón que no venere,
ni cosa que desaire,
ni barrio que desprecie.
Tendrás en esta vez por cicerone,
un aprendiz de orfebre,
que afina el corazón para llevarte
por todas esas místicas vertientes
donde intacta, desnuda y siempre viva,
mi ciudad colonial, deshiela y teje
en la Rueda de Onfalia sus deseos
y en religioso canevá sus preces.
Leal pintor de San Luis,
¿querías un poema? Aquí lo tienes.

ITINERARIO Y GLOSAS

Mi ciudad es un claustro alegre y triste,
donde no mueve el aire.

Sus antiguas moradas y sus templos,
hechos por albañiles y canteros del valle,
seguramente fueron retocados
por manos lilíales;
allí quedó el esmero de las hadas
al tejer y bordar rosas y afanes
en las torres de azúcar que se elevan
de las basílicas episcopales.

Mi ciudad es frugal, sencilla y diáfana;
silenciosa heredad de los cofrades
que van por los arroyos de la atmósfera
transparente y mullida de sus calles,
devanando a Carlyle o a San Francisco
y cotejando a Liebnecht y Cervantes.

La luminosidad que flota y cubre
el relieve preciso de su encaje,
no se podrá decir si el sol la brinda
o es la luz interior que se deshace
y define la voz del microscopio
en el mapa convexo del paisaje.

Esta ciudad parece congelada
en uno de esos mágicos cristales
sólidos y pesados que envitrinan
miniaturas de amor y antigüedades.

Todo aquí se evapora en reflexiones,
en remotas y líricas saudades

que la tierra mojada y olorosa
levanta con la lluvia por las tardes.

El viajero delira
bajo el ancho frescor de sus follajes
y no se explica cómo
su arquitectura puede sustentarse,
si todo es de alfeñique
y es todo tan süave,
tan delicado y tenue,
tan intocable,
que hasta la voz se apaga
por no quebrar su mansedumbre frágil.

Mi ciudad es tan quieta,
que sus habitantes;
platican con los ojos,
charlan con ademanes
y las cosas que sienten se adivinan
antes de adivinarse.

Todo se escucha aquí con el deseo
que a las pupilas lleva su lenguaje;
por eso en los idilios,
las miradas, a fin de condensarse,
quedamente regresan a los labios
y entre boca, suspiro y dulce trance,
un silencio de noche agazapada
siembra tibios ensueños virginales.

Esta ciudad, tan diáfana y precisa,
delata las ocultas tempestades;
todo se sabe aquí con ver el rostro
y todo se comprende sin hablarse.

Su silencio es alegre, hondo y alto,
solemnemente jubiloso y grave,
no es como el silencio de las tumbas
o de los hospitales.

La canción de la brisa va ciñendo
el gran capelo que nos circunvade,
el céfiro detiene sus saetas
por no embrollar la barba de los sauces
y vierten las canales
los cabellos de elote
de las diuréticas tempestades.

Es la ciudad de rozagantes viejos
con piochas virreinales
y chalecos de pana
y leontinas colgantes
y birretes de felpa
y pantuflas süaves
y relojes con anchos monogramas
de ensortijadas iniciales.

Se oye aquí musical limpio y sonoro
el comedido: "Buenas tardes".

Es una aldea mayor, urbe pequeña,
con normas pueblerinas y ducales,
con arraigos tan hondos en el Credo,
y las Aves Marías y la Salve,
con una devoción tan exquisita
por el perfil romano de algún padre,
o el aire de gavota que modula
el Tantum Ergo o el Stabat Mater,

que merecía un lánguido poema
del egregio Ramón López Velarde.

 Mi ciudad es un lago de vidrio
que ondulan los ánades.

 Mi ciudad tiene un cielo de lino
y una zona cubista de jaspe.

. * .

 Mi ciudad es un místico santuario
donde los forasteros se complacen
imaginando a Dios, niño arquitecto,
alzando en su divino Kindergarten
una ciudad de talco,
con zócalos de lacre,
torres de celofán,
domos de esmalte
y jardines de musgo
verdinegro y fragante.

 Esta ciudad de anaranjado otoño
y amor de bachiller, se me deshace
con un grito tan sólo
o con el golpe de una ruda frase,
como el cromo lacustre que se rompe
cuando un guijarro cae.

 Sus mujeres tal vez por eso sean
tan íntimas y suaves,
quizá por eso el éxtasis se afila
y asoma de su cárcel,
por no romper la luz de una rendija

luminosa y solemne, por hallarse
en cada cosa viva
y en cada astilla fúlgida del aire.

Cuando la esquila ensaya la canora
piedad de sus metales,
cuando el ángelus flota en las cornisas
de los palomos ágiles
y la penumbra baja a los jardines
de las viejas casonas señoriales
y a los patios domésticos,
llenos de líquenes y rejalgares,
el recinto casero se satura
de olor a chocolate,
el refectorio en deshilado luce
maravillas de encaje
y va la fruta de horno a la merienda,
con “soletas”, “madrinas” y “alamares”.

Es hora de charlar devotamente
de las cosas que ocurren. Nadie sabe
si en este tramo gris, llora y sonrío
la virgen enlutada de la tarde,
ni por qué su tejido de amarguras
se extiende en los acordes de un andante.

¿Es el viejo responso que a estas horas
recorre las provincias coloniales,
o es que en el alma nuestra,
se quejan y atribulan los paisajes?

La ciudad se arrebuja en negro tápalo
y se defiende del maligno cáncer

que enferma a los poetas y les lleva
al indeciso corazón de Hamlet;
se defiende cantando en los balcones
su canción silenciosa de azahares,
su poema de estrellas
y su sueño de tinta y azabache.

He aquí la capital de un reino claro,
de un país labrador donde renace
la alubia entre los cantos
de nobles tradiciones seculares;
un país de alfareros
que la arcilla aprisionan por el talle
y con la cara en rictus
(tal como los virtuosos en sus trances)
bailan con las tinajas en el torno
cósmico vals de imágenes
y modelan en barro la caricia
de eurítmico mensaje.

Mi ciudad es un gajo
de esa naranja que el país reparte
llegada la Cuaresma, a los devotos
de todas las virtudes teologales,
a los creyentes plácidos
que imaginan la sangre
fresca del Redentor
sobre el yeso estatuario en los altares,
crucifican sus voces, se santiguan
y el llanto les invade
frente al agua bendita de la pilas
que no puede lavar sino veniales.

Mi ciudad comprendió los Evangelios
y de las Bodas de Canaán se vale
para dar a las anchas pulquerías
y al templo el mismo singular ropaje:
limas de Chamacuero con banderas,
mulillas con jinetes de petate
y las cadenas de papel de China
blanco y color de sangre,
pues que en Canaán, para seguir la fiesta,
el agua y el licor fueron iguales.

Esta ciudad es feudo de poetas
(venero de complot y de aquellarre)
que prodigan su llanto mientras cuentan
al viajero sus penas; los juglares
que en los cafés opinan de Darío,
de Baudelaire, de Kipling y Velarde,
e ingenuamente líganse a la sombra
prisionera de Balmes;
ciudad de comentarios reducidos
y reservas falaces
al "Discurso del Método"
de Renato Descartes.

Ciudad de texto puro y vida austera
en las jaculatorias del Lavalle.
Ciudad que deteriora a los cardíacos
con esas pajareras orquestales
que el ángelus dirige,
entre las glaucas tintas del follaje.

El toque de oración, es esta tierra,
es un múltiple vino de pesares.

Ciudad noble, campestre y pueblerina,
que pronuncia su típico arbitraje
en un concilio de altos corazones
y ansias provisionales
que confiados se otorgan sin promesa
y al declararse en quiebra, no se abaten,
sino que hacen fortuna de esperanzas
como el cubo de noria en los refranes.

Ciudad donde "La Mitra", sus palacios
levantó con los diezmos, cuando el valle
tuvo tan sólo un templo, Tlaxcalilla,
y las tribus errantes
dudaban de la cruz que el misionero
llevaba sobre rústicos sayales
y las espadas crueles ostentaban
en los tendones de sus gabilanes.

Ciudad sitiada por el Rey de Bastos,
nómada, leñador, semisalvaje
que al Rey de Oros asedia y en San Pedro
inunda el feudo de sus minerales
y con copas y espadas, convencidos,
resuelven todas sus dificultades.

En discreto rincón de cualquier barrio
se dan cita los altos personajes:
el boticario, el sacristán, el cura,
el barbero, el músico, y el sastre;
el tenedor de libros
y el maestro que sólo da sus clases
a los niños del médico
y a los sobrinos del señor alcalde.

Un ajuar de bejuco, una mesita,
un quinqué de bombilla y unos naipes,
una botella de cordial al centro
y como quince copas desiguales.
¡Oh nocturno coloquio de los viejos
que juegan al conquián, se ponen graves
y atisban por encima de las gafas
el juego del compadre!
Afuera el papelero que recita
síntesis de tragedias populares,
el silbato del tren y algún recado
que deja el viento sobre los cristales.

¡Oh viajero, quizás en mi provincia
para siempre te arraigues
y esperes con el júbilo que canta
en la esperanza rosa del infante,
las nueve noches que diciembre agita
con panderos y pitos de gendarme!
Ojalá que te sumes, bullanguero,
al coro alegre en nuestras navidades,
donde hasta el Niño Dios^í ríe en su cuna,
hecha de paja y heno en los portales
de un ángulo sagrado: el Nacimiento,
guarnecido de musgo y de ramajes.

Noche de los inmóviles corderos
y melenas de paxtle,
de fantásticos globos de colores
y bíblico jumento trashumante.

Noches de olor a pino
y de arrullo fluvial en los cantares,
en que dan canastitas con almendras,

colaciones, grajeas, cacahuates,
y se baila hasta el alba
entre risas y líquidos frutales
de ciruela, naranja y tamarindo,
con canela y jarabe,
y su copa de ron en cada vaso
y su vaso de ponche a cada instante.

Por esta noche azul del Año Nuevo,
en mi tierra natal se aspira el auge
del candor y el pecado en una misma
fiesta de serpentinas y cantares.

El niño del suburbio duerme y ríe;
sueña llegar a diáfanas ciudades
que el ingeniero Grimm trazó hace tiempo
y Fernando el pintor cuajó de imágenes;
las ciudades de azúcar, con sus torres
de alfajor, de biznaga y chocolate;
sus lagunas de miel,
sus fuentes opalinas de jarabe,
sus marquesinas de chilacayote
y sus aleros de calabazate.

Entonces ¡Oh viajero!
entonces de seguro que ya sabes
por qué ves mi ciudad tan transparente,
tan delicada, fina e intocable;
y miras hacia adentro, hacia tu alma,
y descubres que llevas un infante
que va moviendo a un hombre, con fatiga.
Te descubres ingenuamente grande.
Tal me descubro yo cuando comprendo
que este regreso a la primera imagen,

para un alma de corcho que registra
alfileres y aromas de vinagre,
es la fiesta periódica que anima
las noches invernales.

. * .

Forastero, visita las capillas;
esa quietud de las orondas naves
donde el hondo silencio se depura
hasta escucharse
como una voz universal, delgada,
diluída en el aire,
que viene desde el foro del arcano
a visitar los nichos seculares
donde los santos, en fruición amarga,
ponen manos de arpegio y ojos mártires.

En la clausura del silencio, el órgano,
es río de temblor, urge a las aves
que se mueran cantando, alza el hondo
fagot entristecido de los sauces,
y elegías de llanto y de penumbra
exprime del marfil un viejo fraile.

En un cuadro que data de pinceles
autenticoloniales,
Jesús dice parábolas judías
orilla el Tiberíades;
en otro la amargura de la Virgen
se afianza al corazón siete puñales;
un San José de bulto, se resigna
al inclemente trance

que la Historia Sagrada le confiere
a costa de sus normas conyugales;
la rama florecida está diciendo
que un carpintero ya es canonizable;
San Francisco recibe cinco llagas,
cinco rosas sangrantes,
que el troquel del Señor le ha transmitido
por ser su corazón equidistante;
y en un capelo horizontal, descansa
un Cristo de alevosos cardenales,
escarlata mandil de terciopelo,
corona de huizache
y atribulados ojos
exageradamente agonizantes.

En el coro hay un mar de voces tibias
y en la zona fragante
del diocesano altar, arrodillados,
informan al Señor los capellanes.
Informan de la guerra,
del texto de recientes pastorales,
del estado que guarda la capilla,
de las mejoras a los tres altares,
del campanero alcohólico,
de la querella de los sacristanes,
de las "beatas" que incluye el inventario,
de las condescendencias oficiales. . .
Mas cada uno oculta
sus íntimos pesares,
sus preferencias, sus delirios rotos
en las investiduras seculares;
prefieren que el Señor les adivine
sus reservas mentales.

El hisopo clausura con rocío
los deberes seculares;
del Tabernáculo, las rogativas
suben a los archivos celestiales
y los clérigos vuelven al reposo
donde puede brindarse,
a la salud el bien, con suave oportuno
que se añeja en los sótanos curales.

·
· * ·

Estamos, buen viajero,
en el templo de El Carmen;
pasa a la sala augusta, majestuosa;
su púlpito arbotante
(sordina de los diáconos
y magnavoz de timbres obispaes),
sus candiles de linfa,
sus dorados altares,
su ambiente de copal,
sus altos chorros de diafanidades,
hacen dudar al flaco escepticismo
que pronto quisiera arrodillarse.
¿Escuchas el murmullo vocinglero?
¿No percibes el ruido que se añade
a la calma solemne? Son los niños
que en el asilo juegan; esa parte
del convento, es el viejo orfelinato
donde los niños ríen orfandades.

Pasan las golondrinas en parvadas;
la celeste techumbre de bramante
se deja herir de puntos movedizos

que agitan su velamen;
y se pierde la sombra al horizonte
como difuso enjambre. . .
y los niños se quedan contemplando
la mancha gris de la anchurosa nave;
suspiran sin motivo y sientan algo,
como un seco dolor que les ahogase.
Polluelos que dejó la golondrina
en ajenos nidales. . .

. * .

En una de esas noches
de nublado cristal y azul ropaje,
en que la instalación de la amargura
hace de los portales
un escuadrón de inmóviles vampiros
que succionaron piernas de gigantes;
en una de esas noches
plenilunares,
cuando los radios duermen, y a lo sumo
hay en las rejas novios que departen,
visita, buen viajero, algún jardín;
lo hallarás alfombrado de jaguares
(dibujos de la luna
que retocan los árboles).
Levanta allí los ojos, hacia el hondo
vergel de la extensión inmensurable;
el aliento detén, piensa, medita;
oirás crecer el mínimo zacate,
escucharás la flor que se deshoja,
el bostezo del roble, los rosales
que al botón manumiten, los insectos
que muerden un retoño, la inefable

violeta que se oculta
y la araña que cuelga sus encajes
y la voz de la tierra que se otorga
y el amor de la noche que renace.

Abandona el bucólico recinto,
deriva hacia el silencio de las calles
que ya nadie transita;
la inquietud de la noche va a ensancharse
en el éxtasis puro que se yergue
de la quietud reinante.

Tus pasos, en el eco, se repiten
cada vez más plurales.
¿Es el eco un fenómeno
científico, sencillo y explicable,
o es la voz y el acento del espíritu
múltiple de las ánimas errantes?
Ahí vibra una honda confianza,
un cosmigrama en clave
que interfiere la pobre ineficacia
de esta ciencia vistosa y petulante;
la estática del siglo no permite
captar las confesiones inefables;
y no alcanzamos a saber de dónde
ni de quién es el íntimo mensaje:
insiste en repetirse,
insiste en revelarse
en los pasos, la voz, el movimiento. . .
Oh, sí, mas no habrá nadie
que reciba esa crónica remota
de misteriosa lengua indescifrable.

Ecós ultramontanos y propincuos,
blandos rumores, tercos e implorantes,
que el sensorio recurren, pero vuelven
sin respuesta a los límites astrales.

Se congela la voz, los ojos rondan,
un gallo canta sobre los tapiales,
el aullido de un perro se destroza
y un gemido de labios impalpables
pasa como un suspiro y se diluye
en la mansión recóndita del aire.

. * .

Hay algo en mi ciudad que no descubren
ojos de búsquedas superficiales;
es el alma escondida de las cosas,
es la ciudad abuela que se evade
cuando pasa el sacrílego automóvil
o el "jazz" sacude su estridencia cafre.

Si en la mitad del día y de la urbe,
en uno de sus sitios glandulares,
se entrecierran los ojos,
si se sacude el lastre
del barro que nos liga al ser ficticio,
podrá oírse el trotón y los carruajes
que van por el lustroso embaldosado;
podrá escucharse el látigo, el donaire
que engolado y barítono, el auriga
propaga desde el púlpito pescante.

Ondularán al ritmo de la brisa,
redowas, varsovianas, tibios valeses;

la viola de un quinteto
que se lastima el alma en los cordajes;
y el acento de Strauss, enamorado,
tomando dimensión al "Aire Suave" . . .

Esta ciudad de abuelos candorosos
y maestras forradas en encaje,
donde el "Frascuelo" pinta sus lecciones
y Rébsamen levanta los cantares
del pupitre escolar, como se toma
un orfeón de niños tulipanes;
esta ciudad de pianos escondidos
que a Schubert dicen su lirismo sádice
y a Mozart y a Chopin piden el coro
mixto y sinfónico de las Danaides,
improvisa en los patios las plegarias
de zenzontles, jilgueros y turpiales.

Mi ciudad es la joya de vidrio,
sencilla y radiante.
Es novena, responso, letanía
y augusta bendición de "mamá grande".
Es el vuelo de rizos y de rosas
petrificado en viejas catedrales.

En sus calles angostas se disloca
la aguja del cuadrante,
pues la sombra coqueta engaña y burla
los relojes solares.

El busto de la acera, embalonado,
deja caer en verdes espirales
moros y madre selvas

por la hipnosis mural de las cariátides
y a los ojos del mundo, las degüella
con argollas de pulsos vegetales.

Subibaja del sol, por la ventana,
hace subir la luz agonizante;
una luz que se irisa
al cruzar el color de los vitrales
y pone en el escorzo
ebúrneo de los blancos cortinajes
palideces anémicas,
ojeras cuaresmales,
geranios encendidos
y amoratados besos yugulares.

Estas calles angostas que suspiran
al paso de los jóvenes Tristanes
la estratosférica cautividad
de la Isolda invisible y añorante,
afilan su pasión, mirada arriba,
como afila sus ansias la pirámide.

La novia sufre el método de Eslava
con registros bucales
y la diestra del ritmo, tres por cuatro,
traza la bendición en sus compases.

Ya el otoño naranja es amarillo;
se ha calado su clámide
encendida y biliosa;
los fanales
de una ventana doble, nos deslumbran
con el eco del sol agonizante.

En el espacio límpido planean
las quebradizas hojas otoñales
y enredan, en el tronco milenario,
el tobogán sereno del viraje
para formar coronas de hojarasca
que enroscan su tabaco en los arriates.

En estas horas grises que se afianzan
al amarillo exánime
¡qué ventura es un brazo a nuestro brazo,
unos pasos monótonos, iguales
al ritmo de los nuestros,
una voz cuyo timbre irrenunciable
da prestigio a los temas
más simples y triviales!

En esas horas — atrio del invierno—
¡qué remedio mejor para los males,
qué virtud más a tono con el tono
del día claudicante,
que una voz de mujer,
con auténticos giros musicales,
tibia como una alondra,
simple como un guisante! . . .
¿Qué tienen estas mozas que caminan
a la hora de laudes?
Son rostros conocidos, sin embargo,
¿regresando estarán de largo viaje?
¿qué de raro hay en ellas?
Tan sólo son sus datos regulares,
sus mismos atavíos, sus peinados,
sus formas y sus modos habituales. . .
Sin embargo,
¿qué les advierto yo de trashumante?

A veces el presagio
de algo que aún no llega a nuestras naves,
pasa en primer circuito,
rozando nuestros mástiles.

Mujeres de lejana procedencia
y de rostros actuales,
mujeres más allá de nuestra sístole
y la réplica fiel de nuestra diástole;
madonas ausentísimas,
niñas peninsulares,
venidas desde China o de Estocolmo,
de Tánger,
del nocturno de Viena,
de las leyendas árabes,
del loto, de la góndola,
del desierto-turbante
y de todos los pueblos de la tierra,
de todos los lugares.

Mujeres que iniciaron su odisea
y prosiguen viandantes.
Y son tan cotidianas, conocemos
sus domicilios y sus familiares. . .

Oh, sí, pero ellas vienen
de algún viejo romance,
de algo que allá, en el hondo subconsciente,
ha dejado su íntimo tatuaje.

Llegan a mi ciudad con el otoño
las que no ha visto nunca partir nadie;
vuelven desde su esencia,
como el agua del mar vuelve a los mares.

Por eso estas mujeres
de atributos tan propios y ejemplares,
tienen todos los íntimos aromas
de las dulzuras internacionales:
gracia y tristeza fiel de las mujeres
de todas partes:
gravidad de Beatriz como en Florencia,
risa frutal de la mujer de Flandes,
jocundia de Sevilla,
vigor de los Urales,
ensueños de Bagdad y Alejandría,
celos de Buenos Aires. . .

Eva multifloral, diferenciada,
que en mi provincia vuelve a incorporarse.

. * .

De la noche walpúrgica se eleva
la evocación rural de los arcades,
noches de "ánima sola"
que llama a los zaguanes
y en los goznes retuerce sus gemidos
y su garfio desliza en los herrajes.

¡Oh noche panteísta y agorera
que atolondra al espíritu cobarde
hasta hacerle escuchar la voz agónica
que alguna vez cortó a sus semejantes!

En el alma tranquila,
hay un goce de inmensas soledades,
un compromiso tácito de asombro
que la estrella confirma al reflejarse

en la fresca retina de las fuentes
o en la placa bruñida del estanque.

Y las fuentes meditan,
mientras en sus espejos circulares,
el eco fúlgido de los luceros,
inaugura un congreso de diamantes.

Cuchicheo de gota cronológica,
confidencia menuda de las aves
en el cuenco pajizo
de los viejos nidales;
los álamos que entregan ropa vieja,
la savia que camina entre el ramaje;
la abeja que entre giros bisbisea
y retoca la miel de sus panales,
un noctámbulo perro que acaricia
con la lengua su mísera pelambre,
y el viejo jardinero
que a media noche barre,
de las losas mojadas, las estrellas
de las constelaciones zodiacales. . .

. * .

A veces, sobre el pródigo recato
del clima pajarero y rebosante,
el granizo revienta sus rosarios
de nieve en los brocales,
las blancas zotehuelas,
las insólitas fauces
de los descuidos
municipales.

La colación repiquetea en raro
pespunte de jarabe;
baila y baila su danza de canicas
y agota el ritmo su grotesco baile,
hasta quedar tendida en los tejados
cual bailarina que se congelase.
La ciudad queda envuelta
en improvisaciones esquimales
y los niños descalzos,
que devoran los gélidos cristales,
hacen pleitos de nieve, se persiguen,
con puños de albas luminosidades
y en las manos niñeras se despluman
las auroras boreales.

Otras veces desciende la neblina,
inquisidora, terca y penetrante,
acentuando las horas donde mueren
agobiados minutos pusilánimes.

En el espacio todo se difunde
como en baño de látex;
bajo la luz vencida de las lámparas,
hay un cónclave obscuro de danzantes
que se enlazan y huyen
con evadizo oleaje.

Apenas si registra su deseo
el sol perseverante,
en los días de plomo y de ceniza,
de ideas imborrables
de recóndita voz improcedente,
y altos juicios finales.

La nostálgica bruma,
es marea de sombras anhelantes,
contorsionados pulpos que se funden,
hialoplasma de formas espectrales;
el alma se cohibe, pesarosa,
sitiada de elefantes,
y la duquesa enferma, triste y miope,
convalece velada por sus pajes.

Días de hondos suspiros
y descontentos sobrenaturales,
melancólica bruma que nos liga
con una misma rutinaria frase,
como ese ruido eterno
de los engranes y poleas rumiantes
que desaguan el mundo cuaternario
por los pozos del Carmen.

¿A dónde vas corriendo
sobre las avenidas cardinales,
oh pensamiento niño,
que has visto azucararse
las viejas antiparras que hoy te niegan
tu visión de coristas y de náyades?
¿A dónde vas, poeta, si te sitian
los eclipses parciales
de esta llovizna en chambelán que agita
sus molinos plumajes?
¿Dónde que no te hieran?
¿Dónde que no naufragues?

Ansiando vas sobre el rocín del beso
a los amores fáciles

que esta tarde te esperan, en la bruma,
para perderse o para suicidarse.

La ciudad se prohíbe en este día;
se ha encerrado con llave;
ni los que están adentro pueden verla.
¡Oh ciudad invisible e impalpable:
sólo los ciegos y los niños pueden,
en renunciadas de sombra, contemplarte!

Dibujar en el vaho de las vidrieras
los eróticos nombres memorables
de nuestras viudas novias,
de las blondas amantes,
y esos nombres que siempre pronunciamos
sin ligarlos a nadie,
como esperando que de pronto, un día,
ese nombre y su dueña se encontrasen,
allí, donde el vocablo se pronuncia,
en los labios ardientes e implorantes.

Devanar nuestra cuita en esa rueca
de la campana octante
que el comercio clausura
y divulga el silencio inconsolable;
seleccionar los textos enfermizos
con pergaminos y capitulares,
aspirar la humedad que contamina
con su "Quina Laroche" a los estantes;
y en un avión de lirios
y pálidas corolas, remontarse
a esa región del Tíbet,
("Shan-Gri-La" inenarrable,

sensible solamente)
donde se injertan sueños inmortales. . .

Suspirar como Brahms o Rodembach,
con la voz y el arpegio leve y grave,
una mezcla de Borgia y San Francisco
nos brinda corazones o puñales,
y amortigua de niebla nuestros pasos
para acechar la culpa del culpable.

La niebla persevera,
pero va aniquilándose;
es que ya hemos sufrido su presencia
lo bastante
para dejarnos abatida el alma
y los ojos glaciales.

Esta ciudad tan quieta,
tan exclusiva y mansa, tan amable,
tiene todos los fieles atributos
de los amores trágicos, letales,
que en orfelinas de cristal ahogan
la guirnalda interior de su vorágine.

. * .

Madrugada canora y vocinglera
de campanas, jilgueros y celajes;
el añil y el cobalto ya circuyen
al sol que llega en balsa de granates.

Resplandor que tapiza el horizonte
con plumas de quetzales;

hostia de la mañana que tiritita
envuelta en los colores de un sarape.

La noche, ya vencida, se repliega,
y en la extensa techumbre, su cadáver
velan con cirios tristes y lavados
los luceros leales.

La alameda es cascada de violines
que peina la melena de los árboles.
El canasto del pan abre su silla
y clausura la entrada en los hogares.
Por la boca del templo,
entra una ansiosa procesión de chales.
En el altar mayor, el monaguillo
que al canónigo sirve, dice frases
de tortuoso latín, y va mudando
vinajeras, atriles y misales.

En simbólico brindis se ha bebido
el sacerdote la divina sangre;
pero reparte el Cuerpo en la patena
a los arrepentidos comensales.

Como interrogación, el ciego encorva
su haraposa silueta en los umbrales;
trémulo reza y pide, llora y clama,
y mientras que calcula a los cofrades,
el mago dictador de la indulgencia
hace brotar monedas de los chales.

Mi ciudad edifica en todo barrio
color y luz de milagrosos árboles,

cuyo anual esqueleto fosforece
e ilumina las fiestas titulares.

Son los castillos fúlgidos,
pirotecnia ambulante
que silva en rehiletes de Bengala
polícromos, geométricos, brillantes.

Hélice de neón,
incandescentes barandales,
serpentinadas de fuego
tornasol, incisivo y ondulante.

En el alma se encienden tantos sueños
fantásticos, fugaces,
como arden los virtuosos
fuegos artificiales.
Y se apaga el milagro y queda sólo
(calcinada estructura de un romance)
una efigie ruinosa en la conciencia
y un amor pensativo y emigrante.

Rigen las loterías este feudo
de manteados, gardenias y mariachis.

El colonche macizo de las jarras
tiene el color-presagio de la sangre,
y la aguamiel oscura,
que despercude en anchos tinacales,
es el licor de Xóchitl que blanquea
por convocar jurados populares.

* * *

Alza, viajero, un canto en esta noche
con arpas de David, guitarras ágiles,
violines de tableta,
chirimías de otate,
mandolinas que cantan su respunte
de falange a falange;
sus huesos de mamey,
son achocolatados y brillantes,
y se cimbran al trino que resbala
como la brisa en los cañaverales.

Las tibias abajeñas,
los frenéticos sonos tropicales,
huelen a tierra roja, oscurecida,
y a fecunda esperanza laborable.

Canciones que se aprenden en la selva
y llegan en caballo a las ciudades
envueltas en el hule de las mangas
o en el burdo calor de los gabanes.

Prende un canto en la noche
y en vilo llévalo a los ventanales
donde Lolita, Carmen o Mercedes,
esperan la merced de tus cantares.
Por el postigo suburbano asoma
un anticipo al corazón galante,
envuelto en el rebozo
de agresivos colores vegetales.

Y hay que cobrar lo prometido en fiestas,
o bodas y bautizos donde se hace
girar en cuerpo a núbiles doncellas

con bailados acordes santorales
del Antiguo Galván, itinerario
del rigodón, vestido de almanaque.

Ciudad cuyos blasones se disputan
entre don Luis de Leixa y Juan de Oñate;
Calleja la prefiere
e Hidalgo la distingue con brindarle
la oración insurgente, en una misa
que el Santuario conserva en sus anales.
el Acta Bautismal de la República
firma en esta ciudad Benito Juárez,
al sellar la sentencia de un monarca
con manos y fusiles liberales.

Aquí Paredes da la partitura
de una baja zarzuela al sublevarse;
Juan Sarabia y Carmona la prestigian
y Othón la envuelve en dísticos rurales.

Y San Luis de la Patria se le llama
por todos estos hechos singulares
y por ser la semblanza
de todas las provincias nacionales.

Mi ciudad es la estampa de México,
dibujada en un valle.

Vive leal y noble nuestros viejos
atributos y dogmas ancentrales.
Es la reliquia azul del altiplano
reclinada en el Trópico de Cáncer.

COLOFON

Te he llevado, viajero, por la ruta
de una ciudad ajena a los falaces
entuerros de las pérfidas creaturas;
nuestro examen
arroja un capital de claros tiempos,
el mórbido balance
de estos ojos heridos
y estas voces inhábiles.

Un torrente de gritos
y palabras quemantes
que la ausencia hace nudo en la garganta,
congrega los minutos manantiales
cuyo venero está en la adolescencia
y aflora aún, reciente en el pasaje
de esta suma de Gólgotas
que termina en un cráter.

Vendado por la angustia y el ozono
que duerme en la longura del millaje,
te he llevado por todos los rincones
de una ciudad precaria y abundante;
te he llevado del brazo
por los vetustos patios regionales
donde afilé las sílabas
de mis primeras frases,
por los lirios de espuma
de los coros nupciales
y el orozús del sínodo
bibliotecario y árquide
que miniara en los mudos seminarios

la duda de los frailes;
por el biombo de nardo y muselinas
de las jocundas fiestas populares,
por albas y crepúsculos y torres
de amatistas corales,
tan sólo porque arraigues ese credo,
ese decálogo de soledades
que el Sinaí de mi ciudad te otorga
y viene a arrodillarte
en la capilla del amor mestizo
y en los mudos alcázares,
con las arterias rotas y encendidas
y la voz en menguante.

He puesto un calderón en este epílogo,
es el oasis.

El desierto recibe mis papiros
con arena de olvido y frescos dátiles;
un espejismo de vergel fecundo
se desenvuelve en cálido miraje;
y la inútil presencia que no ama
y la fértil ausencia inevitable
resuelven un teorema de aneurismas
que revienta la estrofa de mi sangre,
envenenada al aire del exilio
y ahogada en un crepúsculo distante.

Tal si fuera Ramsés, el pensamiento
viaja a la gruta del silencio exánime.

Momifico el acento, en este clima
no ha de resucitarse;
que vuelva a su sarcófago,
que torne a su pirámide.

Esperaré el milagro del retorno
para encender mi asombro en los paisajes
que te dieran retinas transparentes,
sacudimiento de luceros frágiles
y sangre de colores
y pinceles frutales,
para trazar un mapa de cocuyos
en el duro temblor de tus murales.

Oklahoma, invierno de 1940

SAN LUIS POTOSI EN 1890. 1943

Jesús Reyes Ruiz

Ciudad cuyo recato no sabía
sino mostrarse en pueril azoro
con que oyeron las calles el sonoro
paso, no indemne, del primer tranvía.

Ciudad en que la única alegría
era el sencillo encanto del decoro
o escuchar de los pájaros el coro
en la plaza romántica y sombría.

Evocación de dicha y de abundancia,
tu nombre en el que busca un Eldorado
el patrocinio de San Luis de Francia.

El color imposible del pasado
destella en mis imágenes de infancia
como nube en un aire enamorado.

SEMBLANZA DE SAN LUIS POTOSI, 1944

José Jayme

Esta ciudad es triste. Se diría que el viento es tan transparente que ni siquiera resuenan los ecos.

Un silencio o, más bien, una quietud inefable mana de las horas anegando los meses y los años en una pereza mitad sensual, mitad mística.

Se tiene la sensación de vivir en una inmensa casa cruzada en todas direcciones por zaguanes enlosados; espaciada de trecho en trecho por pequeños jardines que mejor parecen patios llenos de sol o de luna.

Mas hay algo alegre en este marasmo, algo huidizo, liviano y como inocente. Sí, igual a una nostalgia cuasi amarga a fuerza de ser sentimental. Bajo el cielo de estas tierras, un hechizo nos embruja el corazón, poniendo en él un deseo medroso de soñar, de soñar para siempre, de soñar vuelto sangre en las venas de los árboles y en los suspiros del agua.

PLAZA DE ARMAS

La Plaza de Armas es un jardín familiar, encajonado entre un cinematógrafo, el Palacio de Gobierno y la Catedral con sus torres, una clara, la otra oscura. Bajo los árboles, de la mañana a la noche, y en unas bancas verdes, nunca faltan viejos de caras extáticas que dormitan o leen periódicos.

De las bocacalles salen automóviles y bicicletas formando con el sol estelas de espejos, y todo esto calladito, como jugando a las escondidas; yo juraría que temen despertar el sueño inmemorial de las casonas.

Sin embargo, esta belleza de la ciudad, esta belleza de doncella recatada, se derrama hacia afuera más intensamente, allí donde los cerros descarnados azulean bajo diademas de nubes, nubes que dibujan isletas de espuma o torsos de estatuas inconclusas.

SALVE, SAN LUIS. 1946

José María Dávila

Salve, Regina Mater
de la vieja provincia,
amoroso regazo
y vetusta caricia.

Mano añosa que sabe
cómo enjugar los ojos
y refugio inviolado
de cansados retornos.

Cuando vuelvo a tu seno,
siento leve la carga
que amontona el tiempo
sobre el cuerpo y el alma.

Salve, Mater Purísima,
que guarda el himeneo
de su sabor antiguo
y su porte sereno,

de sus calles estrechas,
de sus puertas cerradas,
de sus mozas discretas
y sus férreas ventanas.

Salve, Turrís Eburnea,
joya churrigueresca
que levanta sus cuerpos
de rosada cantera,

y que siembra en los patios
de arcadas altaneras,
sus columnas airosas
cual mujeres esbeltas.

Salve, Turrís Davidica,
de las artes plebeyas
y las artes patricias
que por doquier ostentas:

el pincel de Gedovius
y la gubia de Vela,
el "Himno de los bosques"
y el cincel de Tres Guerras;

que arrastra por las calles
la dulce serenata
en el Quinteto Uresti,
bajo la luna pálida;

o llevas al arcópago,
con don Julián Carrillo,
las melodías ignotas
de su nuevo sonido.

Salve, Sedes Saptientiae,
de tu viejo Instituto
do vagan los recuerdos
de los hombres más cultos.

Añejos corredores
que conservan intactos
los pasos de Velarde
y Pedro Antonio Santos;

las cátedras amenas
de don Santos Guevara,
de don Antonio López,
del viejo Chino Avalos.

Salve tu, Virgo Clemens,
curando los enfermos
con las manos piadosas
de don Miguel Otero.

Y tu, Virgo Fidelis,
que te brindas heroica
en egregia figura,
la de Damián Carmona.

Salve, Foederis Arca,
vengando a la República
cuando Juárez rechaza
a la princesa impúdica

y refuerza la frase
que prepara tres tumbas,
al expresar enérgica
el épico "ahora o nunca".

Y salve, Virgo Potens,
que te enciendes de ira
cuando alguno pretende
oponerse a tu vida;

te vuelves insurgente
contra la tiranía
y luchas con la espada
de don Mariano Arista;

sufres con Juan Sarabia
la gloria de estar preso
e inicias las legiones
de Francisco I. Madero.

Salve, Mater Amabilis,
en los castos sonrojos
de las novias tempranas
y los raros coloquios;

en la entraña fecunda
de prolíficas madres
y en las manos callosas,
amigueras, leales.

Causa nostrae laetitiae,
son tus bellas mujeres
el color de tus cielos
y el sabor de tus mieles;

la riqueza jugosa
de la tuna cardona,
en medio de la estepa
dura y caliginosa

y la verde frescura
de tu rica floresta,
en el cálido ambiente
feraz de la Huasteca.

La aguamiel matutina
y el mezcal meridiano,
el arte con que guisas
y el pan de los mercados,

el rebozo de seda
que envuelve tus encantos
y la estrofa espontánea,
viril, de los huapangos.

Oh vieja Tangamanga
del lego Magdalena,
arcón de los recuerdos,
tradicción y conseja,

eres la imagen pura
que pura se conserva
y que guarda celosa
su historia y su nobleza;

lo que soñara Oñate,
el Potosí dorado
que tiene un gran tesoro:
el ser muy mexicano.

TROFEOS DEL POTOSI, 1948

Manuel Ramírez Arriaga

1. —Dedidación

Del argénteo San Luis claros varones
—de las letras magníficas ejemplo—
hallan aquí para su gloria templo
donde rezarles gratas oraciones.

Del zarpazo de bajas ambiciones
que los zahiere, la amargura templo
cuando, si miro al porvenir, contemplo
que los veneran las generaciones.

Ellos son, Potosí, tus frescos lauros,
Suenan como galope de centauros
sus nombres que rebasan tus campiñas

para verter, allende nuestros lares,
mosto de los vernáculos lagares
que no dieron mejor extrañas viñas.

2.—*EL HUMANISTA*

(Lic. Ambrosio Ramírez)

¿Quién oyó de sus dones y alta ciencia;
quién, de su gran virtud; quién de su larga
y ardorosa vigilia, en que lo embarga
el numen de la olímpica creencia?

Innatos su decoro y su decencia,
cualquier ostentación súpole amarga,
y pudo, así, disimular la carga
de su agobiante y nítida sapiencia.

Sólo la luna, al roturar el cielo
con su fúlgida reja de topacio,
testigo fué del torturante anhelo

de quien, a toda vanidad reacio,
en verter a Virgilio halló consuelo
y las Odas o el Epodo de Horacio.

3.—*EL CRONISTA*

(Lic. Primo Feliciano Velázquez)

En obsidiana de su lar nativo,
y en aqueste viril alto relieve,
el sereno perfil de línea leve
varón de gran virtud deja cautivo.

Su limpia dignidad ante el altivo
que sojuzgarlo a pretender se atreve,
alza en alto decoro talla breve,
y es a la juventud ejemplo vivo.

Coronista que el cálamo reclama
para mover de la verdad el fuego,
el credo y el solar defiende y ama;

y es tal doctor, humilde como un lego,
el escudero de la ilustre dama
que blasona la tilma de Juan Diego.

4. — EL PASTOR

*(Ipanandro Acaico, Monseñor Ignacio Montes de Oca y
Obregón, Cuarto Obispo que fue de San Luis Potosí)*

Camafeo tallado en amatista,
surgen de las talaras mordoradas,
principescas facciones, recortadas
en el puro perfil renacentista.

Bajo cruz pectoral, alma de artista,
este pastor solía, a las vegadas,
probar en flauta y péñola hechizadas,
prestancias de poeta y humanista.

Bienhallado con Teócrito y Virgilio
en medio de su fausto y opulencia,
al gustar la amargura del exilio

y conocer la franciscana ciencia
fue más tierno que Bión en dulce idilio,
y arrebató las almas su cadencia.

5.—*EL PANIDA*

(*Manuel José Othón*)

Del Arcade divino cuyo labio
melificó de Pan la flauta amena,
tomóla el tuyo, y desde entonces sueña
de nuevo Filomela el trino sabio.

Con voz carente de falaz resabio,
modulaste tus cantos en la avena;
tu palabra fluyó pura y serena,
espejo del idioma y no su agravio.

El cieno decadente nunca pringa
el apolíneo manto que te envuelve.
¿Quién piensa que tu cántiga se extinga,

si de amor en raudales se resuelve
y es élla quien al mundo la siringa,
plena de luz y miel, hoy le devuelve?

*CANTO A LA CAJA REAL DE MINAS
DE SAN LUIS POTOSI, 1942*

Pedro Caffarel Peralta

I

LINAJUDA casona,
la palabra del tiempo en tus umbrales
nos ofrece sus manos señoriales;
con su llave antañona
abre el ferrado portalón que sueña
en el fausto de viejos historiales,
y el romance pergeña:

“Aquí el sellado embrujo
de las leyendas con fervor espera
Aquí el Siglo XVIII, en el dibujo
de arcadas, capiteles y blasones
se perpetúa en la inmortal cantera
Y, lanzas victoriosas y hoy sumisas,
en hierros torturados y en balcones,
afirman sobre vanos y cornisas
hazañas de cien épicas legiones. . .”

Si el eco de tus prístinos metales
recuerda tus muníficos caudales;

si el eco de tus pasos en tus losas
la historia se levanta de las fosas,
ilustre Caja del Real de Minas,
¿acaso tu altivez yace en ruinas?

Lentos años se han ido
apagando sus fanales sin ruido,
y sólo en tus sillares y dovelas
la pátina del humo se adivina:

Oh, aquel buen tiempo que se fue y reanima
hogareño el esplendor de tus novelas!

Aquí el Conde y Señor de Salvatierra,
Virrey, Gobernador y Capitán
de las Provincias de la Nueva España
proveyendo a la alcurnia de esta tierra,
en la cima orgullosa de su afán
y con timbres que el tiempo no le empaña
quiso por siempre edificarse en ti.

Oh, tus hidalgas piedras tan ansiadas
y por Castro y Mampaso realizadas
con desinterado frenesí!

Sube la fantasía
en un vuelo espiral de alas armónicas
por tus leves columnas salomónicas
cual si buscarse el corazón del día.

Y sube hasta la cruz que patriarcal
rematando tu pórtico y cimera
en el fastigio con fervor espera
el retorno del feudo colonial.

II

Feliz edad del mito!
Entonces la palabra Potosí
vibraba en lo infinito
como si el domo azul de la mañana
fuese una gran campana
donde cantase el musical tesoro
a los prodigios de sus vetas de oro.

Entonces los ilusos gambusinos
tus puertas llamaban impacientes,
devotos peregrinos
trayéndote en las manos elocuentes
los rútiles presentes
que hicieron venturosos sus caminos.

Entonces tus arcadas
miraron arrobadas
hacinarse los tejos y doblones
que acuñaron las fábulas doradas
de hispanos galeones,

Y, una tarde, quizás lluviosa y fría
a la última condesa
que en tus recios umbrales despedía
la decrepita flor de su nobleza.

III

Y a ti llegó inesperado día
aquel embajador de la poesía
que iluminó tu majestuosa estancia
con su extraña prestancia,

Cuánta luz irradiaba el pastoral
de límpida amatista
que enjoyaba la mano del artista!

Cómo viraba en tu silencio arcaico
en verso musical de Ipandro Acaico!

Y aquí, cual si pintara
con divino pincel un Fray Angélico
y la paz de tu claustro se poblara
de un gran coro evangélico
las bíblicas escenas
perfumaban con nardos y azucenas
las salas penumbrosas.

Y aquí se abrían las fragantes rosas
de Mantua con sus tonos matutinos,
y aquí también la cláusula horaciana
un renuevo tenía cada mañana rimando
rimando con la gracia de los trinos.

Así debo loarte,
Viejo Obispado, relicario de arte,
ornando tu blasón con dos cuarteles;
el encanto fugaz de una corola
que en el minuto su belleza inmola,
y un gajo inmarcesible de laureles.

IV

Oh, hidalga casona,
nimbada por el tiempo que declina,
semejas, señorial, una infanzona

que a un éxtasis lejano se abandona
sonrosada de gracia vespertina!

Ahora que a tu tarde recoleta
sólo llega un piar de golondrina,
y a tu silencio ya no inquieta
la música argentina
de los tejos que vienen de la mina,
ni el suave soliloquio del poeta,
agravando tu lírico relieve,
por tu elocuente piedra
cano el olvido a levantar se atreve
su ramazón de yedra.

Oh, barroca mansión!
porque eres como un grato pergamino
que se ofrece gentil al peregrino
ansioso de leer tu tradición
porque eres, sin saberlo, el raro arcón
donde hallé una mirífica leyenda
hago un alto en mi senda,
reclamo con tu mágico aldabón
hago girar los goznes de tus puertas,
resucito en mi verso cosas muertas
prosterno en tus umbrales mi emoción,
y de luz de pretéritas mañanas
ilumino el cristal de tus ventanas
con el ágil pincel de la ilusión.

ELOGIO LIRICO DE SAN LUIS POTOSI, 1948

Pedro Caffarel Peralta

I

Si sosiega su paso el caminante,
si una voz verdecida en la llanura
le llama acaso hospitalaria y pura
y clarifica su mejor instante.

Si un portalón le ofrece una fragante
amistad en desértica aventura
y encuentra una casona en que la hartura
cordial es una copa rebosante. . .

No dude el extraviado peregrino
y haga un alto en lo largo del camino,
que no siempre la tierra fuera así

Y que su dicha se remonte al cielo,
porque el pan y la sombra y hasta el suelo
lo dicen que es San Luis de Potosí.

II

Provincia silenciosa y recoleta
de vetustos rincones franciscanos
que regalan la sombra con sus manos
vegetales al ansia del poeta.

Si el corazón inclina a la secreta
palabra de otros tiempos ya lejanos,
entre vulgares ritmos cotidianos
oír cómo gotea en la pileta.

Porque viven las piedras liminares
en la clausura de su larga espera
puliendo con paciencia sus sillares.

Y se bañan de luz en las mañanas,
y sienten renacer su primavera
al oro musical de las campanas.

III

“Vale un Perú. . .”, la gente se decía
acuñando hiperbólica moneda,
pero al girar del tiempo la ardua rueda
movió a otra latitud la fantasía.

Y, “vale un Potosí. . .” Oro del día
en el troquel de la elación se queda,
porque no en vano al Coloniaje hereda
en un tejo su rica nombradía.

Y, "vale un Potosí. . .", en la vieja España
llega a ser el dinero más castizo
que en la esperada flota a nadie engaña.

Tornóse el oro de Bolivia en cobre,
y por ti vive el perdurable hechizo
sin aleaciones de metal más pobre.

IV

Una memoria tutelar y fuerte
nacida en las agrestes soledades
cruza por tus labriegas heredades
venciendo del olvido y de la muerte.

Doquier está su espíritu y se vierte,
pero esquivo al rumor de las ciudades:
de su zampoña fluyan las saudades
y no hay jocunda voz que no despierte.

En el fuego, en el agua y en el viento
fue modulando su plural acento,
recio como la encina solitaria,

leve como unas alas en el vuelo,
siempre como una flor que vuelta al cielo
se eleva en un perfume de plegaria.

SONETO PROVINCIANO, 1950

Jesús Medina Romero

Para Joaquín Antonio Peñalosa

San Luis de Potosí: herrada fuente
de cantera mural y antiguos fueros,
guárdate de los años pasajeros
tu cúpula de soles transparente.

Por el ancho arcoiris como puente
sobre un río de tordos jardineros,
escaparon mis ímpetus viajeros
hacia las playas del vivir ausente.

San Luis de Potosí: fruta y entraña,
granada y corazón en la amargura
del viento suspirado en tierra extraña,

tal vez te llore el día que en la arena
mire nacer tu rosa arquitectura
como del sexo azul de una sirena.

LA CIUDAD TRANSPARENTE, 1950

José Antonio Niño

I

El agua transparente se extasía
al ras de sus cristales agoreros,
donde han acumulado los veneros
aromas de fragante lejanía.

En dádiva cordial, la fuente pía
pule su esmalte azul, y los senderos
de miel de infancia y prístinos aleros,
se abren en fervorosa melodía.

Junto al manso rodar de la corriente,
cantando va la juventud ausente
que asoma su emoción por los cristales.

Y el jardín interior de la quimera
se humedece otra vez, como si fuera
regado por los besos maternos.

II

Rara presencia de la lluvia esquiva
que no baja al solar cada verano:
pero al temblor de providente mano,
suele en la racha gris llegar cautiva.

Entonces la ciudad fluye en deriva,
y su ambiente agorero y provinciano,
lleva a las rutas del vivir lejano
en vuelo de emoción retrospectiva.

Olor de mocedad en cada acera;
pátina gris de la filial vidriera
talada por el dedo subconsciente.

Y el aroma de todos los pasados
acude, por los cauces inundados,
a enredarse en la lluvia transparente.

III

Tibia diafanidad de la cantera
que, en floración de blanda arquitectura,
brota en filtros de luz, gana la altura,
y florece en copioso Churriguera.

Filigrana sutil, que se dijera
obra arcana de angélica factura
trasplantada al solar: flor que depura
miel acendrada en ruta mensajera.

Pétreas guías de nervios vegetales,
pulen en sus caminos espirales
veneros de emoción evocadora.

Y un mágico cincel reminiscente
va trocando, en la arcilla transparente,
rosas de piedra en pétalos de aurora.

IV

Es remanso del alma potosina
limpio zafir: atmósfera en reflejos,
que en tibio esmalte de matices viejos,
caliente un corazón de golondrina.

El alero cordial se damasquina
con luz quebrada en chispas de azulejos,
y envuelve en claro azul, rutas de espejos
donde un rostro querido se adivina.

Oh, transparencia fiel en que los cielos
guardan el blanco amor de los abuelos,
ternura de la casa solariega.

Campo de los recuerdos florecidos
que, al subir el arpegio de los nidos,
revienta en luz y su cosecha entrega.

V

Un diáfano cristal lustra el ambiente
y al ras de los pretilos reverbera;
bruñe los hierros, úntase en la acera,
y enfila por la calle transparente.

Se alinean las fachadas, frente a frente,
y abre a corta distancia su vidriera
cada mansión, ¡cómo si no quisiera
separar el arrimo confidente!

—Transparencia del tiempo—, la hornacina
de traza medieval, muerde la esquina
y abre el azul su mínimo cuadrante.

El cielo baja en estelar derroche,
y el cristal transparente de la noche,
sobre la piedra en flor pule un diamante.

VI

En el vernáculo jardín, reposa
viva luz engarzada en claro ambiente,
capelo de un joyel reminiscente
que pule una faceta en cada rosa.

Alas de fulgurante mariposa
cuelgan sobre el cristal de la corriente,
y en la humedad del cerco transparente,
fluye el recuerdo como mies copiosa.

El cielo se desploma sobre el agua
que en su onduras, cristalinas, fragua
dardos de luz y pétalos sedeños.

Mueve el cristal la brisa mañanera.
Y borda en el remanso la quimera
rosas de mocedad con tul de ensueños.

VII

Límpido tul envuelve la plazuela;
la Casa, al Templo tutelar vecina;
el patio azul donde la luz calcina
la flora, que en los tiestos se aparcela.

Un surtidor al centro, cuya estela
fulgura al sol y colma la piscina;
coronando el dintel, una hornacina,
y algún viejo blasón en la cancela.

Macetas en los viejos barandales;
hebras de luz y tibios madrigales
en la fuente melódica de argento.

Y esta mansión de señorial prestancia,
deja escapar vernácula fragancia
que teje el sol en el cristal del viento.

VIII

Transparente Ciudad, flor milagrosa
que en un tibio hontanar de sol y brisa,
tejes las horas del vivir sin prisa
con cielo azul y pétalos de rosa.

Honda diafanidad, donde reposa
con mística emoción, la fe sumisa;
joyelero fragante, donde irisa
su sueño fiel el alma codiciosa.

Hiciste con tu clara transparencia
manso el vivir, serena la conciencia,
puro el amor y la amistad ferviente,

Y reclino, al umbral de tus arcanos,
en tu regazo de cristal mi frente,
y un corazón de rimas, en tus manos.

SONETO A MI CIUDAD, 1950

Rafael Otero

Ciudad de piedra, mi ciudad natal,
cómo te añoro sin haber salido,
cómo te quiero sin haber querido
y cómo te pareces a mi mal.

Tus calles, angostitas como están,
de madrugada bellas y coquetas
me dejan entrever vagas siluetas
de aquellas ilusiones que se van.

Las puntas de tus torres, tus jazmines,
y tus mozas con todo y su embeleso,
forman el marco de oro para un beso

que resuene por todos los confines
de esta patria querida, porque es eso
mi provincia de luz, hecha jardines.

*PROSA PARA LAS AVECILLAS DE
SAN LUIS POTOSI, 1950*

Emilio Carballido

Las avecillas de San Luis,
voz fina, plumas opacas,
tal vez se acuerden de mí.

Dentro de la iglesia del Carmen
hay los nidos de varios cenizontles
que a la hora de la misa
pían amén con sus 100 voces.

En la Catedral hay palomas
tornasoladas y blancas
rondando del quiosco a la torre
a los acordes de la banda.

En el parque "Amado Nervo"
hay pajarillos color carbón.
Tal vez los ha puesto negros
el humo de la fundición.

Al jardín de San Sebastián
le nacen avecillas pardas
cuando el sol quiere ponerse
y desaprueban las campanas.

Pero prefiero a mis amigas
(aunque no sé decir como eran)
las cariñosas aves nocturnas
de la Alameda.

Saben de los eclipses de luna,
de los borrachos que lloran solos,
entienden algo de poesía
y les gusta permanecer de incógnito.

Alguna era pesada y hacía sonar las ramas,
otra daba unos trinos dulces y agudos,
Recuerdo una de alas grandes y sonoras
Y otra que le brillaban los ojos en lo oscuro.

A la hora en que los silbatos
se alejaban en la estación,
ellas solían volar más alto
y desde allí decían adiós.

No supe nunca sus nombres
y ellas nunca supieron el mío.
No hubo necesidad de esas cosas
de — “Rruiseñor”, o— “Buho”, o— “Emilio”.

Cuando salió el silbato de esta noche
ya no estuve con ellas en el jardín.
No pude despedirme, pero confío que alguna
me haya visto pasar con mi veliz.

Voy a mandarles cuando llegue a México
una postal con flores y sin palabras.
Tal vez ellas me escriban algún grato silencio
o me aleteen por teléfono a larga distancia.

CANTO A SAN LUIS POTOSI, 1951

Margarita Paz Paredes

¡Playa de paz!, a ti me acerco, náufraga
de emoción sin puerto y sin orilla.
Navego el ancla de amor, para encallarla
junto a la isla de coral ardiente. . .
Arrecifes violentos opusieron
sus murallas de espadas.
El corazón, intacto y dolorido,
es nomás una lágrima. . .

Vengo de la otra orilla, donde el agua
acendra en sal nuestra viajera espuma.
Déjame descansar en tus jardines
esta amarga fatiga.

Soy pasajera y sin embargo, siento
¡ciudad azul! tu maternal regazo
cómo humedece calcinante arena
y fecunda mi lirio enamorado.

¡San Luis de Othón y su salvaje idilio!
Se llega a ti por la poesía,
que te inviste de auténtica hermosura

y te declara Reina de Armonía.
Peregrina que busca una quimera
muy lejos del estruendo,
me acerco a ti, con la ilusión recóndita
de encontrar en la voz de tus campanas
la dispersa alegría.

Transito tu calzadas,
y la cantera rosa de tu pecho
adquiere suavidad de tibio abrazo
y presencia de hermana.

Lejos dejé las calles tumultuosas
donde la piedra es fría,
y la brisa perfora la palabras.
¡Ninguna voz acoge nuestra angustia
y se pierden los nombres en la noche!

Hoy vengo a tí — tenaz enamorada —
y en el camino claro del Santuario
abre mi soledad puertas de niebla.
El sol taladra muros oxidados
y esparce primaveras en mi sueño.

Decir nombres que crecen como árboles
es decir ternura que te nutre,
los labios que te besan
y los brazos que esperan al viajero.

Así mi voz ha de crecer pequeña
junto al canto armonioso de tus hijos.
Basta llegar a tí y llamar quedo,
para que el templo se te encienda en rosas
y seas Reina del Amor y de poesía.

Déjame descansar en tus jardines
—playa de paz— mi náufraga fatiga.
Te ofrezco este poema y una lágrima:
mi emoción es el canto,
y el corazón —viajero alucinado—
es nomás una lágrima.

OH SAN LUIS POTOSI, 1951

Gabriel Méndez Plancarte

¡Oh San Luis Potosí, luminoso y eurítmico!
Don Ambrosio Ramírez, en Horacio,
te dió a beber las mieles y los vinos
del Lacio. . .

Helénicos panales en tu boca.
. . . Florido
báculo pastoral de Montes de Oca.
Y Manuel José Othón. . . Cristal y roca.

Luminoso y eurítmico, tu cielo
es un azul y transparente velo
en la pureza intacta de tu frente;

y por tus calles limpias y enlosadas
resuenan todavía las pisadas
del gran López Velarde adolescente. . .

7 APUNTILLOS DE SAN LUIS POTOSI, 1952

Francisco Giner de los Ríos

1

Río verde de San Luis

A Jesús Silva Herzog

San Luis en la mañanita,
nube y árbol, voces tiernas,
todo verde sobre el rosa
de su luz y de su piedra.

San Luis sigue en vilo abierto,
piedra y árbol, transparencia,
en el claro mediodía
rosaverde, luz entera.

Y luego, con el misterio,
el corazón se entrevera
sobre el verde, con el rosa,
San Luis árbol, San Luis piedra,
San Luis en su nohecita
toda callada y serena.

El Carmen

Las palomas sobre el Carmen
saltan del verde a la piedra
y luego saltan y saltan
rosas ya de la cantera.
El barroco, entre sus alas,
la plaza revolotea.
Todo el Carmen es paloma
y toda paloma piedra.
Y la placita es tan linda
que el barroco no es problema.
Cuando la vea Toussaint
cambiará su conferencia.

En la tumba de Othón

Te busco en la tarde abierta
por el valle de tus sueños
y el polvo sobre tu piedra,
las flores en tu silencio
sólo me traen tu memoria
en medio del valle quieto.
Pero de pronto en el sol
hay otra luz y otro peso
y es que la tarde preside
tu verso libre en el cielo.

4

Mezcal

A Luis Noyola Vázquez

La madrugada en San Luis,
húmeda fosforescencia,
mezcal en los labios duro,
alma del mezcal ya tierna.
Este mezcal de San Luis
tiene el fuego de la tierra;
es bronco y dulce a la vez
como la canción huasteca.

5

La Caja del Agua

*A Luis Chessal
que la pintó*

Polvera o bombonera
me da lo mismo.
ningún nombre te cuadra.
No hay adjetivo
que abarque tu donaire
con su apellido.
Gracia labrada en piedra,
asombro vivo:
hasta tus caños baja
el agua en vilo.

Rebozos

1

Vamos a Santa María
que quiero ver los rebozos
y no me dejan tus ojos
en la nohecita fría.
Vamos a Santa María.

2

Roja, amarilla, morada
sobre la noche la seda.
En el misterio del aire
la gracia me hace una seña
y al vuelo de tu rebozo
mi amor prendido se queda.

3

En la caja se dormía,
sólo perfume, el rebozo.
Y ahora es de luz y de fuego
despierto sobre tus hombros.

Mi curso de invierno
(*Patio de la Universidad*)

En este claustro rosado,
árbol puro, cantería,
si yo pudiera quedarme
en cielos me graduaría.

SALMO DE LA CIUDAD TRANSPARENTE, 1952

Amparo Dávila

He salido a mirar la ciudad
desde la altura,
desde el espacio infinito
junto a las nubes y los vientos,
desde ahí donde el horizonte
se deslinda, donde la voz
es suspiro de cristal,
con alas de acero
he subido a mirar la ciudad.

La ciudad es una flor
deshojada sobre el valle,
pétalos rosa,
sus canteras ornamentales
sobre la verde alfombra.
Ciudad clara y luminosa
te llamaron en verdad
“la ciudad transparente”,
desde la orilla de las nubes
mis ojos te sorprenden
transparente y rosa.

Transparente como lago en espejo,
la clara atmósfera
que te ciñe un velo
de claridad de luna
revela tus formas,
templado y suave
el clima que te envuelve,
tibias tus mañanas luminosas,
tibio también
el viento de la noche.
Derroche de celestes tonos
el cielo que te cubre,
cielo color de hiedra,
hiedras de azul radiante
sobre ti cuelgan.

Rosa tierno el corazón
de tus montañas canteras,
mármoles y lozas,
las torres del Santuario
esbeltas y finas
como cuellos de garza.
Palo de rosa el encaje
del Carmen, filigrana
de barroco sortilegio
su portada y sus altares,
rosa viejo y oro bruñido.
Rosa reina Aranzazú,
una rosa entre espinas
brotó en el siglo XVII.
Rosas en botón las columnas
salomónicas de San Francisco,
un péndulo de fe
su barco de cristal.

Sinfonía de campanas y de tordos
tus jardines musicales,
por ellos te han llamado
la ciudad de los jardines,
por tu Alameda
y tu Plaza de Armas,
por el Jardín Colón
y por San Francisco
se me va la tarde
en un atardecer
de lilas y violetas.

Como siete estaciones de viacrucis
tus siete barrios,
desde la orilla de las nubes
mis ojos los descubren.
Serenatas y novenas,
San Sebastián y San Miguelito,
sabor y aroma
de provincia auténtica.
Sinfonía rosa
de mazos y de picos
San Juan de Guadalupe,
el Montecillo entre silbatos
y lamento de trenes,
procesión de casas
vestidas de fiesta
Tequisquiapan.
Cera y danzas,
tradicción y pólvora en Tlaxcala.
Un puente doloroso
Santiago; vereda
de carrozas y de cruces.

Como siete estaciones de viacrucis
tus siete barrios.

Murmullo de letanías y de oraciones
la Calzada de Guadalupe,
cuarenta rosarios se desgranán
camino del Santuario.

Desfile de insomnes albortantes
la Calzada del Centenario,
un eco de besos furtivos
el Callejón del Beso.

Nido de sombras y recuerdos
el Callejón de Lozada,
sombras difusas y ligeras,
sombras color de niebla
que se salen de las manos.

La ciudad se me escapa de los ojos
envuelta en la noche, la noche
es un rebozo negro
de Santa María.

Sólo una mancha oscura
queda en el valle, sólo
un recuerdo y una lágrima
en el corazón.

Salí a mirar la ciudad
desde la altura,
desde la orilla de las nubes y los vientos.

CANTO VICTORIAL A SAN LUIS POTOSI, 1953

Luciano Kubli

Reina y Señora
de SAN LUIS:

visto de auroras al paje conmovido de mis versos
para rendiros mi humilde pleitesía,
y pues con cetro de maíz
y con la dulce esfera de paz de la naranja
regís vuestro reinado de auténtica belleza,
dejad que mi penacho se esponje en vuestros hombros
como un halcón cautivo!

Bruñida y clara soledad es tu recinto;
dulce reposo en tu ciudad se enhebra,
la rosa de San Luis nacida en Francia
tomó de ti su calidad de seda,
por eso un yelmo lírico te escuda
y la espada de un ángel te flagela.

Tu meridiano de luz, puro y tajante
viene del alba: celeste torrentera
que al despeñarse en tu heredad de siglos
abre flores de hierro en tus ventanas
y hace latir su pulso a las canteras.

San Luis luce corona de agaves nativos
en donde el sol prepara su licor de fuego
que rasga las guitarras del terruño
y hace durar, con júbilo, al labriego.

Heráldico el nopal toma su sitio
sobre el famoso Potosí. . . y ofrece
su mano abierta en oblación tan limpia
que entrega en miel sus diminutos cántaros
a pesar de su polvo y sus espinas.

Tu baraja de climas planta un albur
en planes y montañas;
a "sol de luna" se cazan las apuestas
y entre el hondo gemir de las guitarras
el horizonte aprieta su rebozo
contra el pecho infantil de nuestra patria.

En el embozo de Santa María
el corazón del pueblo se defiende
del frío y la sombra y la tristeza;
arde el viejo copal frente al milagro
y en la carne del indio se hace el día
al estallar el grito de la feria.

Al amparo de alegres cantadoras
lanza el pregón su puño de semillas
mientras surgen las flores de bengala
en las tiernos ejidos de la noche,
como agrario mensaje a la provincia.

Hasta el templo de "El Carmen" llega el eco
del bárbaro cohete estremecido

en la grupa del espacio
y todo se hace azul . . .
y el agua canta
en la limpia balada de los cántaros.

De Guadalupe llega un himno de cantera rosa;
como armaduras suenan los herrados portones
que reviven . . .
y en el cóncavo instante enardecido,
un torito de lumbre nos embiste.

Es el pueblo, Señora, el que se ríe;
es la mezclilla y el percal,
la manta,
en una cita de siglos con la tierra;
es la hora magnífica del surco
en la revancha fiel de las cosechas!

Bucólico el ambiente, en el sosiego
virgiliano y puro, todo es nido . . .
sólo el silencio rompe sus espigas
contra la voz del viento campirano
cuando sopla en el cuerno del mugido.

Y nace Othón, como la yerba crece
e inunda la comarca tras la lluvia,
él sabe arar la tierra y la persigna
con la pezuña de oro de sus yuntas . . .

Con látigos de música conduce
al tardo buey, en cuyos ojos claros
hay anticipo de cosecha agraria
en la entrega purísima del campo.

Brota el maíz en su jovial sonrisa:
diente de niño en búsqueda de caña
y el mundo, entonces, su sabor condensa
en la melaza infantil de los trapiches
o en los gajos de luz de las naranjas.

Rioverde en su penacho está gritando
un mensaje de cítricos anhelos;
y en el azahar hay ambición de cumbre
blanca de nieve, tremante de pureza
que articula los limos con el cielo. . .

Olas de mármol estallan contra el pecho,
y en el color que ameritó la tierra,
la Sierra Hermosa es catedral antigua
con su nervio de luz en las canteras.

Con rúbricas de ixtle reluciente
se ilumina la noche y sus contornos,
un relámpago surge del agave
y una escala brutal vence a la sombra
y se alarga, materna, hacia nosotros.

Quiero seguir diciendo la gloria de tu escudo,
oh profunda ciudad del Rey asceta!
y por juntar tu pulso con mi pulso
y nutrir mi palabra en tu leyenda,
vuelvo a invocar tu Potosí de plata
y hundirme en tu fragante yerbabuena.

Cereales y metal nutren tu alforja
de laboriosos signos evidentes;
ya la Colonia conoció tu impulso

y al escribirlo en páginas de piedra
llenó de azul sus armoniosas fuentes.

Trono de un rey, balanza de justicia
en las manos de Juárez y Madero . . . ,
la Cascada del Salto nos diría
en su lenguaje límpido y eterno
el compendio de historia de tus riscos
y el galope de valles insurrectos . . .

El zacahuil de generoso vientre
en un trasunto de bondad y entrega
frente a la gula cordial de nuestro pueblo;
el mismo pan, la mesa para todos,
y las manos fraternas conjugadas
al amparo feliz de los huastecos.

San Luis, agua de Lourdes
pone a mi lengua músicas rurales,
y un sabor a colonche me persigue
por los hondos caminos de la sangre
hasta dejar mi corazón en fiesta
enjoyado de ritmos minerales:
en la Huasteca Potosina el hombre
cumple su cita con la selva y canta
en el falsete azul del horizonte.

San Luis, San Luis, el tlapalole aguarda:
la invocación al aire, a la montaña,
al bronco río de nítida gorguera . . .
es el rito del pan que se reparte
en el cósmico ritmo de una entrega;
cuando el alma descubre sus caminos

y santifica el signo de la tierra,
cuando el maíz levanta su cotinga
en el sombrero de palma de los llanos
y en la frente arbolada de la sierra.

López Velarde recorrió tus siete barrios
y en su amado Longines de tres tapas
midió su tiempo en adjetivo exacto
frente al escorzo de la Suave Patria.

Y en tus celestes mejillas se asomaron
los arreboles del nopal en cinta:
por fuera superficie de durazno,
tuna cardona el ánima novicia;
en sus manos unguidas, la mangana
y el corazón vestido de provincia.

Como flechas de un arco distendido,
leal, la Huasteca, disparó al venado,
y el jabalí que respetó a la rosa
quebró su espina sobre el lomo hirsuto
por no cortar el rumbo de los pájaros.

San Miguelito permanece intacto
con su típica atmósfera inocente,
por eso el ruiseñor zacatecano
pudo cantar al descubrir su arcano:
"Cincuenta veces es igual el ave
taladrada en el hilo de rosario. . ."

Ciudad de los jardines providentes,
tal un oasis a mitad del llano;
sólo tu erial disciplinó a la abeja

y al hacerla volar sobre el pantano
puso más miel en su caudal de cera.

También el algodón alzó en el lodo
con vellones de albura sus banderas. . .
en la cumbre del cerro sonreía
el Santo Rey en cuya capa había
flores de lys de reluciente seda.

Tu reloj sevillano en San Francisco
detuvo el tiempo. . . y regresó el pasado:
el "huachichil" de caracol guerrero;
y el "chichimeca" que venció a la sombra,
en Tangamanga, fiero y desbocado
con agua y oro restañó su herida
abierta como rosa en su costado. . .

Y del alto Perú, con nombre quechua,
bautizó tu fortuna el castellano,
y por ser Potosí, hubo en tus cofres
junto con filón nativo, palpitante,
un silencio de plata inacabado. . .

De los lejanos valles, como tropel de potros
el hombre de la espada se encaramó en la sierra. . .
mas luego un resplandor trajo el camino
y anunció la cruz;
Fray Diego iba descalzo, cantando, sobre piedras. . .

Cuando miro tu escudo
dejo vagar mi asombro sobre tus regias armas,
¡heredad de San Luis!
y de repente

unas manos ducales te pregonan:
naces como ciudad del virreynato
por el edicto justo de Alburquerque.

Crucificada el pecho de cananas
no fue el botín tu soldadera . . . ,
en la insurgencia Barragán crecía
al ver que las mujeres de tu tierra
se amarraban al suelo y combatían
con el hijo colgado a sus caderas;

Y Pedro Antonio de los Santos pudo
en las horas históricas de prueba,
ver un enjambre de manos femeninas
volar en el incendio de la guerra.

. . . Más tarde un aluvión de cascos vimos
tocando las marimbas de la sierra . . .
y en el galope colectivo fueron
rebozos maternales las banderas!

Las danzas cunden en la Tierra Nueva,
se enlazan "Sonajeros" con "Aztecas"
para darle al maíz fácil camino;
el pueblo baila con sonrientes pasos
porque el nopal se coronó de tunas
que en vez de miel elaboraron trinos.

Una pausa en tu honor.
Puente en la selva musical del viento,
los surcos tienen tonos imprevistos
y una orquesta racial vibra en la noche
al tomar de la tierra sus sonidos;

la Patria es siempre igual
y el Cosmos cambia,
y sin embargo
un relámpago ciñe al horizonte:
es la batuta de Julián Carrillo.

ENVIO

Reina y Señora:
devolvedme mi paje,
estoy por vuestra luz enceguecido
y no puedo apoyarme en el silencio
que ya se anuncia en el clarín del aire;
vuelva mi halcón trayéndome una estrella,
y sin quejarme
he de clavar mi corazón rendido
en la punta de sol de tus agaves.

APUNTES DE SAN LUIS POTOSI, 1954

Efrén Núñez Mata

I

MICOS

Campos de verdor . . .
Campos de San Luis.
Verdor que no cambio.
por un Potosí.

II

GOLOSINA

Al esplendor de la luna
si alguien le lleva a San Luis,
cómete un queso de tuña.

III

SAN LUIS

Le dicen la cuna
Oh Revolución! . . .
Pero ellos ignoran
que es un corazón.

IV

LLUVIA

De Tampico a Valles
corriendo, corriendo,
y la lluvia negra
cayendo, cayendo.

V

MUJERES HERMOSAS

Por la calle angosta
de tu San Luis,
Alvarez Acosta,
yo viví en París . . .
Mujeres lozanas,
lindas y "fermosas"
como manzanas
en canción de rosas.

F-24523

VI

NIÑOS

Elizabeth se esconde en sus pestañas
como en las selvas místicas y hurañas.
Helen conoce su razón:
tiene una alondra por corazón.
Elena es pura. Elena
es una clara canción serena.
El joven don Efrén
monta en un palafrén
y atraviesa sin pero
el llano en que se siente caballero.
La niña Jenny es una sonata
humilde de naricilla chata.

VII

TANINUL

Pasa Taninul,
pájaros y aromas
en el aire azul.

VIII

REBOZO DE SANTA MARIA

Fiestas de colores
en polifonía,
clavel de rubores
en iris del día
que los ruseñores
con rotundo gozo
dieron al rebozo
de Santa María.

IX

RIO DE MICOS

El río verde que pasa
por Micos rumoreando
es un cuento de luz que van cantando
la copla de la tierra y la esperanza.

X

OTHON

¡Mentira! Con el color
y esta tibia claridad,
yo conozco la verdad;
Othón era ruseñor.

DE LA PRIMERA SANGRE, 1959

Bocetos para un poema a San Luis Potosí

Luis Horacio Durán

I

Sueño de sol entre la tarde abierta:
por tí y en mí soy tu camino breve,
voz y espiral entre la curva leve
que dormita en el marco de tu puerta.

Mi mano entre tu mano se despierta
como el pájaro triste
que se atreve
a posarse en el árbol, y en él bebe
la timidez de su palabra muerta.

Si tu línea a mi voz fue una campana
que me enseñó a soñarme entre tu sueño
— imagen de tu imagen más lejana — ,

mi dibujo en tu sombra, tan pequeño,
quiere soñar en tí, y a ti se hermana,
para poder soñarse ser tu dueño.

II

Sombra del agua y de color, tu río
se me duerme en las manos, de tal suerte
que la curva del ojo no se advierte
aunque tu trazo vertical sea frío.

Apenas paralelo a ti, te envió
mi propio espejo para detenerte
en un cuadro de espumas, para verte
como un barro de cántaro vacío.

Porque quiero mirarte prisionera
sobre mi sangre, como tallo impreso
en la distancia de la primavera.

Porque quiere mi voz hacer tu beso
surco en mi sombra, aunque yo mismo quiera
fingir que entre tu sombra no soy preso.

III

Tu silencio, silencio diferente
sobre el silencio de mi sangre oscura,
se marca por mis manos y figura
tu propia imagen, sol adolescente.

Por tu silencio azul abre la frente
su rectilínea forma en curvatura
porque tu misma forma pueda —pura—
dibujar su silencio exactamente.

(Para poder saber tu mediodía
mi niñez aprendió tu paralela
y fijé tu silencio en mi armonía

por el camino leve de la escuela
—lo mismo que la noche prende al día
en posición de exacto centinela—).

IV

Por tu horizonte verde, por la hora
precisa de tus verdes, en oleaje
viene tímidamente a mi hospedaje
la llamarada de tu faz sonora.

Si tu silencio en mí marca la aurora
con que tu sombra llevará mi viaje,
mi sombra a tu silencio y tu paisaje
traerá la imagen misma de tu hora.

Porque su sueño en sombra se convierte
entre mi sombra en sueño sumergida
y tu silencio en mi silencio vierte

la curva de tu verde, convencida
de que al nombrar tu sombra he de tenerte
sólo por no cambiar la despedida.

V

Y más tarde, tu sombra, paso a paso
—manecilla en la luz que me sujeta—,
traza el mismo perfil de la silueta
que guarda el agua inquieta de mi vaso.

Y me sorprende la distancia. Acaso,
más allá de la cruz de tu veleta,
ese mismo silencio me someta
para buscarte por mi propio brazo.

Si te quedas atrás, perdida y triste,
si no escucho tu bronce cuando tañe,
será que la distancia te reviste

pero no tu recuerdo que se empañe,
si esta primera sangre que me diste
será la voz — tu voz — que me acompañe.

CANTO A SAN LUIS, 1965

José Rosas Cansino

Te canto, ciudad leve,
por tu noble prestancia sin mancilla,
porque la luz se atreve
con rosas de Castilla
a proclamarte heráldica y sencilla.

Eres monja de menta
en el íntimo amor de los jardines
cuando el azul revienta
dialoga en maitines
un júbilo casero de verdines.

En la ingenua secuencia
de tu espejo latino de breviario,
tu frágil transparencia
es hilo de rosario
que enhebra tu recato en calendario.

Ocultas en tus horas
un fallido teorema sideral
que astilla en mil auroras
de lumbre vegetal
la rústica esmeralda del nopal.

El rango de tus días,
un suspiro bordado en un pañuelo;
años y alegorías
con que estatura el cielo
tu traslúcida tez de caramelo.

Adquieres en pureza
la sensual dulcedumbre de las pomas
y auguras tu terneza
de bíblicos axiomas
en la orquídea nupcial de las palomas.

Por tu virtud en vela
perfumada en pudores de violeta,
revives la acuarela
del mujerío asceta
que encarna el vaticinio del poeta.

Conservas amorosa
teologales tibiezas en tu enagua
y en "La Caja", añosa,
tu símbolo se fragua
en un tesoro de monedas de agua.

Porque en tu ser alienta
la ventura profética del AVE,
en ti se sacramenta
con su dicha y su clave
la eucaristía de la Patria Suave.

PIROPOS A SAN LUIS POTOSI, 1973

Ramón Mendizábal

I

Jazmín tallado en la cantera rosa
que guardan en silencio tus montañas;
moja un llanto de gusto mis pestañas
al mirarte, ciudad, sobria y hermosa.

Con los brazos en cruz, siempre piadosa,
en balsámico amor, todo lo bañas,
y es la fe que perfuma tus hazañas
el impulso vital de cada cosa.

Al surtidor de la castalia fuente
en que das de beber, pródigamente,
linfas claras de paz y de armonía.

llego esta vez para llenar mi jarro;
de guayabera y con sombrero charro
quiero calmar mi sed en tu poesía.

II

Bajo un dosel primaveral nacida
por la mano de Dios fuiste trazada,
con todas las virtudes enjoyada
y de aromas y salmos guarnecida.

Si en un tiempo te vimos abatida
y por manos sacrílegas saqueada,
hoy te llenas de luz, transfigurada
en un bullente manantial de vida.

La noche quedó atrás. Nuevas auroras
han entrado en el templo de las horas
a presenciar tus regios esponsales.

— Pasión germinativa insatisfecha —,
con el hombre que siembra y que cosecha
la gratitud del Potosí a raudales.

III

¡Dicen que tienen alma los caminos!
¿Y quién por ellos, Caballero Andante,
no ha vengado la injuria del tunante
en las aspas de todos los molinos?

Mensajero del arte, peregrinos
del sueño azul y de la acción pujante,
Othón sube a la gloria en Rocinante
y Orfeo, es Carrillo, dialogando en trinos.

Fumarola del tiempo en que la idea
es un cráter que anda y que flamea,
que ruge, que solloza, que suspira.

Y con voz que se quiebra en la garganta,
mi corazón, ardiendo en esa pira,
hoy, como el cisne, cuando muere, canta.

IV

A la urbe del hierro y el cemento,
llegué una noche en diferido viaje;
mi bajel sin timón, dio ahí un viraje
y destrozó mi palomar el viento.

En continua espiral, todavía siento
el realista matiz de aquel pasaje;
mi escaso haber y mi raído traje
en un mar de pasiones turbulento.

Desarbolado mi vergel florido,
por un instante me sentí aturdido,
y en un desgarramiento de ilusiones,

me perdí, de la duda, en los breñales,
ante el azoro de mis pavos reales
y el agreste candor de los gorriones.

V

Reaccionando con ímpetu guerrero,
entré a la lucha y advertí mil cosas;
el coloquio del duende con las rosas
y el secreto lejano del lucero.

En un ámbito gris, de aventurero,
bajo el signo celeste de las diosas,
dormí en palacios y en humildes chozas
o en un recodo de cualquier sendero.

Nada a los veinte nos parece magro,
años son de sorpresa y de milagro,
de invicto pugilato y desposorio

Dulcemente fugaz, con la fortuna;
cuando nadie pensaba ir a la luna,
yo monté por ahí un observatorio.

VI

Con profunda emoción, mediante el día,
en telares que son como colmenas,
vi cien manos robustas y morenas
tejer rebozos en Santa María.

Vista de allá, tu verde geografía,
La coronan los cactus y azucenas;
las sementeras y cascadas, llenas
del pan y vino de la eucaristía.

¡Esmeralda del campo labrantío!
Agua que cura en La Labor del Río,
todo en móvil acción de sabias leyes

que se anuncian en formas vegetales;
la marcial rigidez de los magueyes
y el voluble ballet de los maizales.

VII

Ambulando por cumbres y barrancas
el corcel del recuerdo se encabrita,
o con paso veloz se precipita
en un desfile de palomas blancas.

Agil pegaso que salvando trancas
no se rinde a la espuela que lo irrita,
antes bien, con la muerte hace una cita
en la curva sedosa de sus ancas.

¡Las torres del Santuario! De regreso,
en una nube les rotula un beso;
y sigue por los líricos senderos.

que propicia la miel de la lisonja;
quiere ver, nuevamente, los "lanceros"
bailar, pero sin jipis, en La Lonja.

VIII

Como símbolo fiel de tu belleza
espiritual y fe perseverante,
es tu pueblo un heroico caminante
que sueña, canta, que trabaja y reza.

Un indómito ejemplo de firmeza
para salir, por lo que lucha, avante,
y con gracia sutil, exuberante,
borda en el arte su mayor proeza.

Que vayan mis inquietas golondrinas
a la Huasteca tórrida, a tus minas,
y te colmen, San Luis, siempre oportunas,

de aquello que te plazca o necesites;
yo las espero saboreando tunas
a la sombra rural de los mezquites.

IX

Fértil solar que se volvió granado
en el carmín de los atardeceres;
cáliz para servir a las mujeres
al néctar de un viñedo insospechado.

Le suelto las amarras y el recuerdo, alado,
saltando sobre inéditos placeres,
difunde al universo lo que eres;
un arco hacia el futuro levantado.

En un blando sosiego de familia
asciende como una bugambilia
y en la cornisa de la fe se enreda;

¡como a mis años le parecen gratas
en tu plaza mayor, las serenatas,
y el domingo en la tarde, tu Alameda!

X

¡Entidad luminosa y transparente!
Imantada al vigor de tu cultura,
nadie podrá puntualizar su altura
si toca las estrellas con la frente.

Desplegada por todo el continente,
mas sin perder la vertical figura,
en un lampo de gloria se empurpura,
bandera al aire y a tambor batiente.

¡Qué honda claridad hay en tu cielo!
Una alondra de luz posa su vuelo
en el hueco ojival de una hornacina;

¡ciudad de los melódicos ejemplos,
que cantan en la piedra de tus templos
y en el fondo del alma potosina!

SOLARIO NOCTURNO, 1980

Lucha Corpi

I

San Luis
con su alma de piedra
cincelada
por los cascos indómitos
del sol,
tenía
la hipnotizante
melancolía
de un tambor de cuaresma
y el misterio enlutado
del violeta
bordado en el sayal
del corazón.

II

Buscaba el verde
entre las grietas
de las canteras
y sólo encontraba

el gris del futuro
enclaustrado
por los altos muros
coloniales.

III

Era la hora extendida
del oficio vespertino,
lisa, lista, alisada,
monótona y ténebre,
con sus diálogos
letánicos y fríos.
Las torres caían
consecutivas,
las azucenas
se desplomaban
en cadena
sobre las cabezas
de los pobres
que seguían siendo
pobres a la salida.
Y yo me preguntaba
si este era el misterio
que guardaba el cielo.

IV

El campesino hurgaba
la tierra
con sus manos
de cuero deslustrado,
y ella dura y seca
lo burlaba de su amor.

V

Ahí conocí
por primera vez
el terrible pecado
del silencio.

SAN LUIS POTOSI, 1954

Armando Adame

*"Una ciudad es un mundo cuando amamos
a uno de sus habitantes" Lawrence Durrell.*

Prolongar en el fondo de mí mismo
la ciudad que acosa y enamora
sacar de mi ciudad
los habitantes permanentes de silencio
abusar del olvido
atrapar con la voz la caricia constante de la vida
compartir el recuerdo con la ausencia
templar el odio a base de caricias
calcinar en ceniza las cenizas del mundo
atosigar la sal y la esperanza
encauzar la perfidia de la noche
desencantar la risa
abordar tu silencio desde el borde del cielo.

ORO POTOSINO, 1984

María Luisa Mendoza

Ahora durante la Primavera Potosina, gran experiencia de belleza. Nunca esa emoción recuperada, ese consuelo de la aristocracia de la arquitectura, ese desear seguir caminando bajo el sol canicular entre la selva de rejas tejidas, cornisas, nichos, balaustradas, esquinas, portones, patios, fuentes, helechos, palmas, verdura de cera brillante como quien dice, y los templos del prodigio.

Nunca tantas arcadas elegantes y esos techos curvados y llenos de murales. San Luis Potosí. Aquí es la hermosura de una ciudad perfecta en un valle prodigioso, sí, con sus dientes careados, o tirados por malos arquitectos traidores a la lúcida suma teológica que es San Luis Potosí, Real de Minas del Potosí.

Su plaza mayor con su esqueleto sagrado; el kiosko de nosotros los provincianos, su catedral y la gente dando la vuelta. Suenan a oro las casas reales y el neoclásico canta un aria que invita a los amores en la lonja de los plutócratas, o el santo amor en la divisa de la casa del Obispo. Se queda uno mudo en el Archivo de San Luis y el Palacio de Gobierno de envidia de tan limpio y severo. Yo no sé qué me gusta

más, si el aire potosino, los balcones, las celosías, las banquetas derechitas y húmedas, los laureles o la Caja Real, la mansión virreinal del dieciocho, allá cuando las haciendas y las minas eran verdaderos paraísos de la economía del país. ¿Para qué contar lo que de las minas salía? Por eso las mansiones y la distinción de toda la ciudad.

Y la Caja de Agua. Rindo homenaje aquí a esa preciosa muestra de arquitectura del arquitecto Tres Guerras —Tresguerras—, que es el símbolo de la ciudad. Tresguerras mi arquitecto de la casa donde nació mi padre en Celaya; Tresguerras mi arquitecto siempre en toda mi obra literaria. Hoy en San Luis Potosí y su Teatro Alarcón, en el altar mayor del templo del Carmen, en sus fuentes doradas y en esa Caja que parece frutero de manzanas doradas.

San Luis Potosí es honor y orgullo de la República; es también la esperanza, el progreso, la paz y el jardín terrenal.

CONVOCATORIA PARA UNA BUENA GUERRA

Manuel Benitez Carrasco

¿A qué guerra quieres ir,
San Luis Potosí?
¿a qué guerra de dulzura
con esas bombas de mano
de tus tunas?

Si todos los bombarderos,
si todos los artilleros,
si toda la infantería
tuvieran para la guerra
estas bombas de tu tierra,
qué buena guerra sería.

Vengan aquí las naciones
y lleven parques de azúcar
al hambre de sus cañones;
rebozen sus arsenales
con las granadas de mano
que fabrican tus nopales;
llenen de pólvora dulce
sus pistolas y fusiles

y, por átomo una tuna,
apunten con sus misiles
a la luna.

Y ahora, díme, San Luis Potosí,
¿a qué trinchera he de ir?
Que en esta guerra yo quiero
ser tu artillero primero,
San Luis Potosí.

INSTANTANEAS DE SAN LUIS POTOSI

Joaquín Antonio Peñalosa

Callejón de Lozada

Prohibido estacionarse,
tan sólo para los ángeles.

Candil de San Francisco

Capitán, pronto, la brújula,
que el bajel no va a la mar,
que va perdido a la luna
en naufragio de cristal.

Las 7 esquinas

Las 7 esquinas son 9,
que son 11, que son 12
y la cuenta no se coce.

San Miguelito

¿Por que si guerrero invicto,
se hizo aquí niño chiquito?

Ventana de Aranzazú

Ventana de Aranzazú,
cuando la Virgen bordaba,
se acordaba
cómo eras tú.

Parroquia de Tlaxcalilla

Tlaxcalilla
y su rincón
para la viejilla
sin devoción.

Señor del Saucito

Su cabellera colgante: un sauce,
sobre los cirios: un río.

Pregón del Santuario de Guadalupe

¡Hay rosas, rosas en ramo,
rosas para todo el año!

Alameda

pájaros y estudiantes
aquí picotean las hojas.

Caja del Agua

El agua de la Calzada
en caja para regalo,
qué adornada.

CRONICA EN ROJO DE 1592, 1986

Joaquín Antonio Peñalosa

1

en agosto los nopales del valle
 llamean de tunas, estas medias hermanas
 de las rosas por afinidad de espinas
y hay tunas pico-chulo, jagüeñas, camuesas,
gotitas de miel, jarrillas, hartones, duraznillos,
 espesas y aguanosas de lindo sabor
 las arrastradillas y las fafayucas,
mansas y chaveñas, taponas y chamacueras
y las que chorrean colores como la blanca,
 la amarilla, la chapeada,
 la negrita, la sangre de toro
 y codiciada como ninguna la cardona,
dulce y roja como los crepúsculos del valle,
 queres-tuna, queres-tuna, queres-tuna,
una nubecilla de palomas
 de alas grises y patas rojas
 sube al cielo cárdeno cantando
 queres-tuna, queres-tuna

los indios son como simples pajarillos
 como palomas queres-tuna,
 meditaba fray Francisco Franco
 guardián del convento de San Miguel Mexquitic,
 un indiecillo cuachichil cabeza colorada
 vino a confesarle cómo a unas diez lenguas
 hacia el oriente,
 había unos cerros que chispeaban
 y hacía visos la tierra
 y las piedras relumbraban de oro,
 relumbraban de plata.

Este nombre cuachichil compónese de cabeza y colorado
 y fue apodo que los mexicanos les dieron entre risas
 porque se teñían rostro y cabellos con almagre
 mucho antes del maquillaje
 y la estética masculina,
 o porque usaban bonetillos agudos de cuero colorado
 y así a los gorriones de las jaulas
 que tenían las cabezas coloradas,
 llamaban cuachichiles.

El rojo cálido es la sangre,
 la pluma del pájaro,
 el lejano rojo del sol esquiando,
 el rojo decorativo del almagre,
 el jugoso color rojo de la tuna cardona,
 el atardecer del valle enciende su rojo quinqué,
 queres-tuna, queres-tuna,
 las alas grises y las patas rojas.

El gorrioncillo ha cantado,
 el gorrioncillo de rojo copete.

Fray Francisco corrió a comunicar el hallazgo
 — ay, las sandalias se le salían —
 al capitán Miguel Caldera, Justicia Mayor,
 residente en Mexquitic,
 pacificador de los indios cuachichiles,
 precursor de la no-violencia.

El capitán volvió al oriente
 sus negros ojos de meztizo:
 el valle carmesí, algunas chozas de paja,
 las tunas cuaresmeñas de marzo
 y los cerros, los cerros, los cerros.

— Eh, amigos, Juan de la Torre,
 Gregorio de León,
 a catear enseguida las minas,
 pero no seáis ambiciosos,
 reservadme una,
 amparadla con mi nombre
 y fue la llamada Descubridora.

Los exploradores salieron al alba
 las manos vacías, regresaron por la tarde
 como mariposas nevadas
 con polvillo de jazmines o de plata,
 como flores brillantes de polen de oro.

— Capitán, informo a su señoría que yo Pedro de Anda
 bauticé el mineral con el nombre de San Pedro Potosí
 por mi santo patrono,
 por su fabulosa riqueza

comparable al Potosí de América Meridional.
Os aseguro, capitán, que en breve tiempo
pagaremos la deuda externa de la nación.
San Pedro Potosí, rogad por nosotros.

4

“Dióse el bramo”

— escribe castizamente el cronista
fray Diego de Basalenque —
(bramo: del verbo bramar,
grito con que se avisa alguna cosa)
y de todas las ciudades y reales de minas
acudió el gentío
por la gloria de aquellos cerros-alcancía,
cerros caja-fuerte, cerros bolsa-de-valores,
ay, pero sin plata líquida
y, a falta de agua,
fundóse rápidamente el pueblo de San Luis Potosí
a cuatro, cinco leguas de las minas
en muy lindo asiento llano
fuentes abundantes, alegre cielo, aires saludables.
Diligente y nada burocrático
el virrey don Luis de Velasco
nombró alcalde mayor del nuevo pueblo
a mi señor don Juan de Oñate, bendito sea,
bendito y alabado por siempre,
para que trazara calles ordenadas
plazas con las primeras rosas
como huellas de los mocasines del Padre Eterno,
huertas con agua de pie, con agua zarca de noria
y distribuyera solares a los pobladores

todos laboriosos, discretos, corteses
muy conformes con la voluntad de Dios
de salir pronto de pobres
aquí donde hasta la luz es oro molido.

NOTAS BIOBIBLIOGRAFICAS

J. N. SALGADO. Originario de la ciudad de San Luis Potosí, se ignoran más datos de su vida. Su soneto más que mediano —si es que puede llamarse soneto por las carencias métricas—, interesa por la antigüedad. Fue impreso en una hoja volante.

FRANCISCO VILLAESPESA (1872-1936). N. Laujar, Almería, España; m. Madrid. Periodista, dramaturgo, poeta. Estuvo en dos ocasiones en San Luis Potosí; la primera en junio de 1917, durante un mes; la segunda, de diciembre de este mismo año hasta principios de enero de 1918. En esta segunda ocasión, vino al frente de una compañía teatral organizada por él mismo, para dar a conocer sus obras. Jesús Zavala recogió este poema en su artículo "Rueda y Villaespesa en la Ciudad de los Jardines" (Estilo, San Luis Potosí, 1953, p. 165).

DAVID ALBERTO COSSIO (1883-1939). N. San Luis Potosí; m. Monterrey, N. L. Cultivó la poesía, la novela, el teatro, el periodismo y la historia. Escribió este poema entre 1919 y 1920; publicado en su libro Guirnaldas y otros poemas (México, Imprenta Mundial, 1933); reproducido en Letras Potosinas (San Luis Potosí, núm. 130, octubre-diciembre, 1958).

JOSE LASTRAS RAMIREZ (1920-1948). N. San Luis Potosí; m. México, D. F. Poeta, la muerte prematura no le permitió publicar sino unos cuantos poemas promisorios. Con éste, obtuvo la Flor Natural en los Juegos Florales celebrados en San Luis Potosí, el 20 de junio de 1939; fue publicado en el folleto La fundación de San Luis Potosí, datos históricos que la determinan (San Luis Potosí, 1942).

JESUS ZAVALA (1892-1956). N. San Luis Potosí; m. México, D. F. Poeta: Flores del alba, 1911; Vendimia Juvenil, 1917; De la hermandad, 1918 (en colaboración con Luciano Joubanc Rivas y Manuel Ramírez Arriaga); Jardines de provincia, 1919; Las voces del órgano, 1925. Esta "Oda funambulesca", publicada en El Heraldó, San Luis Potosí, 19 de julio de 1942. Teatro: Canto de gloria, comedia en tres actos sobre la vida de Francisco González Bocanegra (El Nacional, México, 1946). Numerosos estudios sobre la vida y obra de Manuel José Othón.

SALVADOR GALLARDO (1893-1981). N. Río Verde, S. L. P.; m. Aguascalientes, Ags. En el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí cursó el bachillerato y parte de la carrera de medicina (1910-13), que concluyó en la Escuela Médico Militar de México, D. F. Cultivó el cuento y el poema dramático; pero mucho más la poesía con estos títulos: El pentagrama eléctrico, 1925, poemas estridentistas; El huerto de las tentaciones (1917-20); La Feria de San Marcos, 1938, sonetos; 9 sonetos de amor, 1949; Canciones bajo la lluvia, 1952; Tríptico, ave, rosa y mujer, 1952, sonetos; Laberinto de quimeras, 1966. Con "Canto a San Luis Potosí" obtuvo, junto con Miguel Alvarez Acosta, el premio al segundo tema de los Juegos Florales celebrados en esta ciudad, el 25 de agosto de 1942.

MIGUEL ALVAREZ ACOSTA. N. San Luis Potosí, 1907. Poeta, narrador, ensayista, orador. "Canto a la ciudad de San Luis Potosí", premiado en estos Juegos Florales de 1942 (El Heraldo, San Luis Potosí, septiembre de 1942). "Epístola de un remoto lugareño", apareció en el libro San Luis Potosí 1592-1824, edición y notas de Jesús Medina Romero. (San Luis Potosí, Talleres Linotipográficos de Indalecio Celorio Ortega, 1943, p. 37-787).

JESUS REYES RUIZ (1908-1990). N. y m. en Aguascalientes, Ags. Poeta, publicó diversos títulos a partir de Cuatro poemas de 1946. Transcribimos el soneto inicial de Estampas, composición premiada con la Flor Natural de los Juegos Florales de San Luis Potosí de 1943. (Cfr. Pedro Félix Gutiérrez Turrubiartes. Juegos Florales de San Luis Potosí, Antología. San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1990, p. 51). Publicado por primera vez en El Heraldo, San Luis Potosí, 28 de septiembre de 1943.

JOSE JAYME (1918-1949), N. Hacienda de Santa Isabel del Municipio de Villa de Guadalupe, S. L. P.; m. San Luis Potosí. Pintor y escritor autodidacta. Poeta: Hora y muerte, 1948; Romances bárbaros, 1948 (sobre la fiesta de toros) y Poemas asimétricos, 1950. Prosa: Cantos arúspices, 1943 (prosa poética); Límite, 1949 (en forma de aforismos) y Retablos de San Luis Potosí, 1944. Este es el único libro dedicado íntegramente a explorar el paisaje y el alma de la ciudad, según la sensibilidad de un poeta-pintor, fina y melancólica, acaso atormentada. De estos Retablos transcribimos dos viñetas, cuyos títulos son nuestros.

JOSE MARIA DAVILA (1897-1973). N. Mazatlán, Sin.; m. Cuernavaca, Mor. Político y diplomático. Empa-

rentado con familias potosinas, llegó a San Luis Potosí a los cinco años de edad y aquí vivió hasta 1913. En nuestra ciudad se desarrolla parte de su novela *El médico y el sante-ro*, 1947. (2a. edición del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, San Luis Potosí, 1990). Poeta de escaso relieve, es mucho mejor narrador. *Salve*, San Luis fue publicado en la revista *Jueves de Excelsior* (México, D. F., 5 de diciembre de 1946); al principio de algunas cuartetas, emplea las invocaciones marianas de la Letanía Lauretana en latín.

MANUEL RAMIREZ ARRIAGA (1900-1978). N. San Luis Potosí; m. México, D. F. *Obra poética*: De la Hermandad, en colaboración con Jesús Zavala y Luciano Joubland Rivas, 1918; Laudanza de Querétaro, 1948; Espinas y espinelas de Dios, 1953; Dos poemas al padre, 1954; Canto a Bolívar 1954; Oh, capitán, mi capitán (versión libre de Walt Whitman) 1955. Este poema recogido aquí, fue publicado en *Letras Potosinas* (San Luis Potosí, núms. 63-64, marzo-abril, 1948).

PEDRO CAFFAREL PERALTA. Con el "Elogio lírico a San Luis Potosí", obtuvo la *Violeta de Oro*, Primer premio en los XIX Juegos Florales de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; publicado en el diario *El Herald* (San Luis Potosí, 20 de junio de 1948). Escribió, además, "Canto a la Caja Real de Minas de San Luis Potosí", con que obtuvo la *Flor Natural* de los Juegos Florales potosinos de 1942. (Publicado en el libro de Pedro Félix Gutiérrez Turrubiar-tes, *Juegos Florales de San Luis Potosí*, ib. p. 43-47).

JESUS MEDINA ROMERO. N. Ibarra, Gto. en 1921; reside en San Luis Potosí desde 1931. Cronista vitalicio de la Ciudad. Director de la *Colección Cactus*, antología de escri-

tores potosinos. *Poesía*: El día sonoro 1943; Poemas terrenales 1948, Cuatro elegías para llorar tu amor 1950, Sonetos del amor integral 1951; Antología de poetas contemporáneos (potosinos) 1953; Poema en tono mayor al Padre Hidalgo 1959; Poemas 1961; Del sauce talado 1970, Orfeo 1975.

Con el nombre de "Un soneto a San Luis", fue publicado en *Letras Potosinas* (San Luis Potosí, núms. 79-80, julio-agosto 1949; con el nombre de "Soneto provinciano" aparece en su libro *Sonetos del amor integral*.

JOSE ANTONIO NIÑO (1887-1987). N. Matehuala, S. L. P.; m. México, D. F. *Poeta*: Anfora, 1946; Antología Floral, 1954; Navidad del ocaso 1955; Lira olímpica 1968. Traductor de poetas franceses: Los trofeos de José María Heredia, 1957; Del pasado al presente (poetas franceses del siglo XIX) 1969. Con este poema obtuvo el primer premio en los XXI Juegos Florales; publicado en *Letras Potosinas* (San Luis Potosí, núms. 91-92, julio-septiembre 1950).

RAFAEL OTERO (1903 - ?). N. en San Luis Potosí. Publicó Poemas de vidrio y Cuentos e historias de mi provincia. Este soneto fue publicado en *Letras Potosinas* (ib. núm. 89-90, mayo-junio, 1950).

EMILIO CARBALLIDO. N. Córdoba, Ver, 1925. Autor de una amplia obra literaria que incluye cuentos, novelas, argumentos de ópera y ballet, guiones para cine y, sobre todo, piezas teatrales, con las que ha obtenido justo éxito y numerosos premios. Su poema "Prosa para las ave-cillas. . .", se publicó en *Letras Potosinas* (ib. núms. 89-90, mayo-junio de 1950).

MARGARITA PAZ PAREDES (1922-1980). N. San Felipe Torresmochas, Gto.; m. México, D. F. Publicó numerosos libros de poesía a partir de 1942. En sus frecuentes visitas a San Luis Potosí, se organizaban tertulias y recitales poéticos.

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE (1909-1949). N. Zamora, Mich.; m. México, D. F. Fundador de la revista *Abside*, reavivó el interés por el humanismo clásico. Editor y prologista de las *Obras de Concha Urquiza*. Además de algunos títulos de poesía, publicó valiosos estudios sobre el humanismo en México. Este soneto, inconcluso o escrito así de propósito, apareció en la revista *Estilo* (San Luis Potosí, núm. 20, octubre-diciembre 1951, p. 211).

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS. N. Madrid, España, 1917. Llegó a México en 1939. Poesía (toda publicada en México): *La rama viva* 1940, *Pasión primera* 1941, *Romancerillo de la fe* 1941, *Los laureles de Oaxaca* 1948, *Jornada hecha* 1953, *Poemas mexicanos* 1958, *Elegías y poemas españoles* 1967. Su poema aquí transcrito, fue publicado en *Letras potosinas* (ib. núm. 104, julio-agosto de 1952).

AMPARO DAVILA. N. Pinos, Zac. 1923. Desde la infancia vivió en San Luis Potosí, donde realizó sus estudios y publicó sus tres únicos libros de poesía: *Salmos bajo la luna* 1950, *Perfil de soledades* 1954 y *Meditaciones a la orilla del sueño* 1954. Marchó a la ciudad de México en 1955 donde radica. Destaca en el cuento, cultivado con éxito: *Tiempo destrozado* 1954, *Música concreta* 1964, *Arboles petrificados* 1977. Este poema está recogido en el folleto titulado "Salmo de la ciudad transparente de Amparo Dávila y El

héroe de Nacozari de Enrique Almazán Nieto. Trabajos premiados en el primer centenario convocado por la Sección 24 del STFRM de San Luis Potosí para conmemorar el Día del Ferrocarrilero, 7 de noviembre 1951" (México 1952).

EFREN NUÑEZ MATA (1890-1974). N. El Barrio, Juchitán, Oax.; m. México, D. F. Ensayista, cuentista, historiador, poeta. *Obra lírica*: El libro de los madrigales (antología) 1929; Alma campesina 1930; Ella, poema de amor 1933; ¡No! poemas 1938; Fuerza 1946; 5 sonetos 1953; Alba 1956; Canciones 1959; Historia y origen del soneto 1966. "Apuntes de San Luis Potosí", publicado en Letras Potosinas (ib. núm. 114, octubre-diciembre 1954).

LUIS HORACIO DURAN. N. Chihuahua, 1937. Vivió en San Luis Potosí donde cursó hasta los estudios medios y publicó sus libros iniciales de poesía: Caminos de silencio 1950 y Primavera fiel 1961. Pasó después a Monterrey donde radica. "Bocetos para un poema a San Luis Potosí", publicado en Letras Potosinas (ib. núm. 133, abril-septiembre 1959).

JOSE ROSAS CANSINO. N. Charcas, S. L. P. Desde la adolescencia radica en San Luis Potosí. Libros de poesía. A la orilla del tiempo 1954; Tres poemas 1960; Inicial de la luz 1964; Frente al miedo horizonte 1975; Instantáneas 1977; Y sin embargo el hombre 1984. Su "Canto a San Luis" escrito en liras el año de 1965, había quedado inédito hasta ahora.

RAMON MENDIZABAL (1983- ?). N. Matehuala, S. L. P.; m. México, D. F. Periodista, publicó numerosos

epigramas y otros poemas no recogidos en libro. "Piropos a San Luis Potosí", publicado en Letras Potosinas (ib. núm. 192, marzo-abril 1973; y también en folleto con el mismo título (San Luis Potosí, Imprenta Evolución, 1973).

LUCHA CORPI. N. Jaltipan, Ver. Vivió desde muy pequeña en San Luis Potosí, de aquí emigró a los Estados Unidos de América, donde radica. Estudios de literatura en las Universidades de Berkeley y San Francisco. Autora de Palabras de mediodía. Noon Words (edición bilingüe, traducción al inglés por Catherine Rodríguez Nieto, prólogo de Juan José Arreola. At. University of California Berkeley, El Fuego de Aztlán Publications, 1980). En este libro aparece su poema potosino que dio a conocer Alvaro Muñoz de la Peña (El Sol de San Luis, San Luis Potosí, 16 de julio de 1986).

ARMANDO ADAME. N. San Luis Potosí, 1948. En 1979 marchó a la ciudad de Guanajuato y de ahí, en 1982, a la de Zacatecas donde reside. Ha publicado dos títulos de poesía: Era más noche lo que tiene el día, 1980; De los amanezcos, 1983. Este poema apareció en El Sol de San Luis en la Cultura, Crisis (San Luis Potosí, 7 de octubre de 1984).

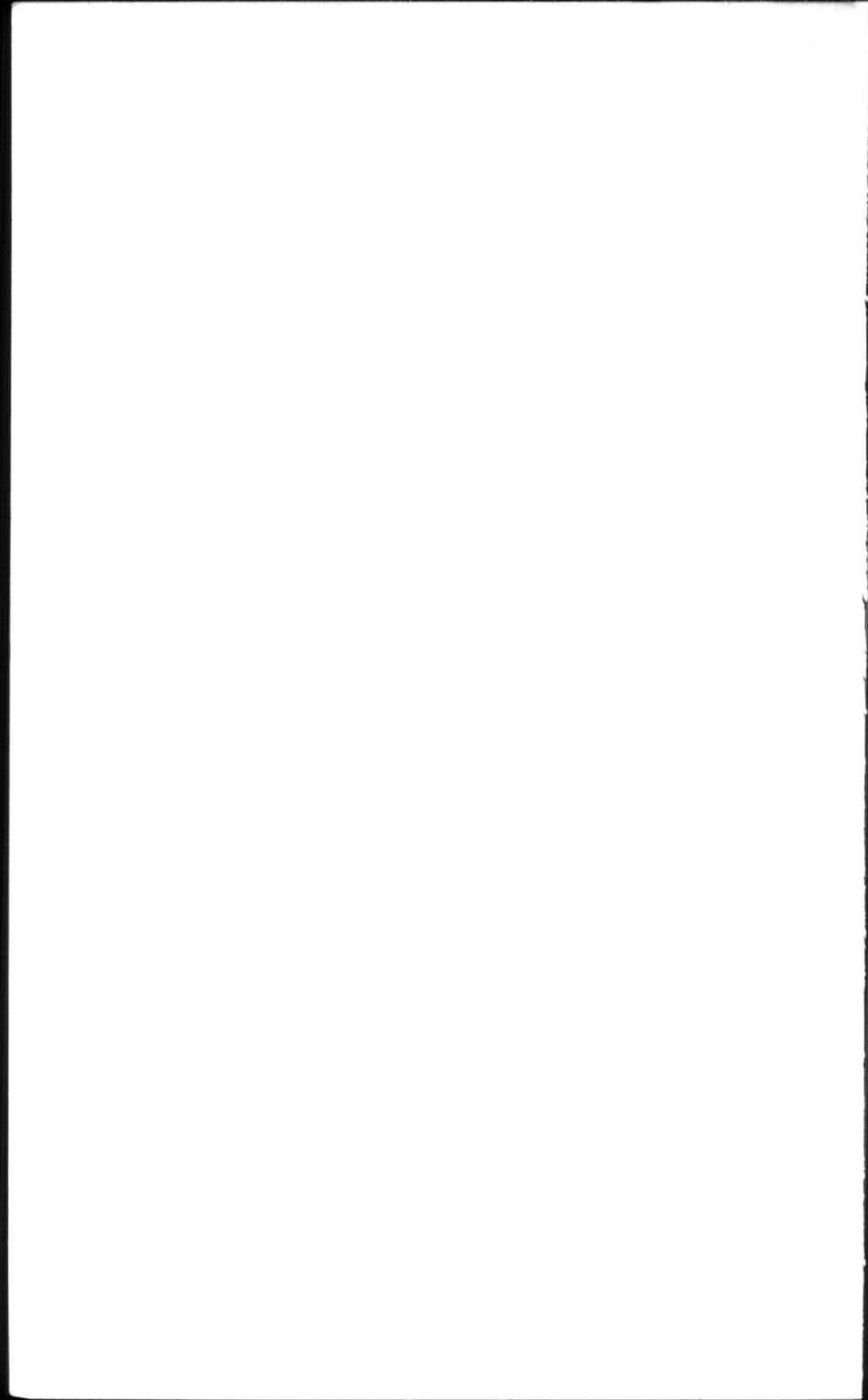
MARIA LUISA MENDOZA, La China. N. en la ciudad de Guanajuato, 1930. Escritora fecunda y versátil, se ha distinguido como periodista, conductora de programas culturales televisivos, ensayista y, sobre todo, narradora. Radica en México, D. F. "Oro potosino", publicado en el diario El Heraldo (San Luis Potosí, 16 de junio de 1984).

MANUEL BENITEZ CARRASCO. N. Granada, España, 1947; radica en México, D. F. Ha escrito teatro, no-

vela breve y especialmente poesía. Títulos poéticos: Primavera; La muerte pequeña 1948, EL oro y el barro 1950; Frente al toro y el poema 1952; Diario del agua, 1956: Mi barca 1956, y otros libros más con diversas ediciones. Este poema, acaso no recogido en libro ni publicado, fue obsequiado por el autor al compilador de este libro.

JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA, n. en San Luis Potosí en este siglo. Cultiva la poesía, el ensayo, la biografía, el periodismo, la investigación y crítica literaria. Obra poética: Pájaros de la tarde 1948; Ejercicios para las bestezuelas de Dios 1951; Canciones para entretener la Nochebuena 1961; Sonetos desde la esperanza 1962; Un minuto de silencio 1966 (contiene los libros anteriores excepto Pájaros de la tarde y añade algunos poemas nuevos); Museo de cera 1977; Sin decir adiós, 1986; Agueseñora, 1992.

"Instantáneas de San Luis Potosí" fue publicado quizá en 1950 y posteriormente retocado; "Crónica en rojo de 1592" aparece en el libro Sin decir adiós.

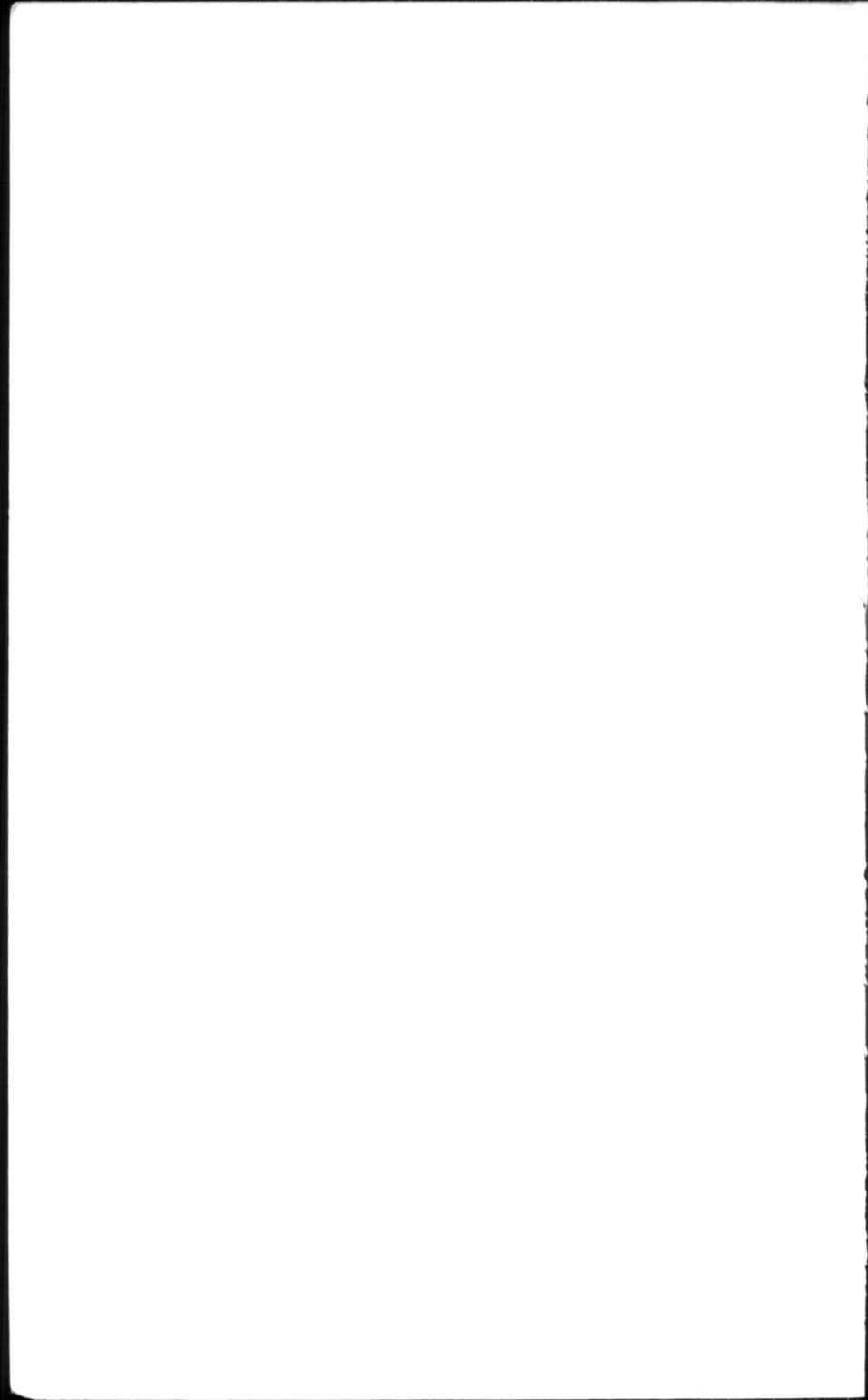


INDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCION | 5 |
| SONETO O HIMNO A LA CAPITAL DE SAN LUIS POTOSI. 1837 <i>J. N. Salgado</i> | 7 |
| SAN LUIS POTOSI. 1917 <i>Francisco Villaespesa</i> | 8 |
| SAN LUIS POTOSI. 1919-1922 <i>David Alberto Cossío</i> | 9 |
| FRAY DIEGO DE LA MAGDALENA. 1939 <i>José Lastras Ramírez</i> | 12 |
| ODA FUNAMBULESCA A SAN LUIS POTOSI. 1942 <i>Jesús Zavala</i> | 17 |
| CANTO A SAN LUIS. 1942 <i>Salvador Gallardo</i> | 21 |
| CANTO A LA CIUDAD DE SAN LUIS POTOSI. 1942 <i>Miguel Alvarez Acosta</i> | 26 |
| EPISTOLA DEL REMOTO LUGAREÑO. 1943 <i>Miguel Alvarez Acosta</i> | 32 |
| SAN LUIS POTOSI EN 1890. 1943 <i>Jesús Reyes Ruiz</i> | 68 |
| SEMBLANZA DE SAN LUIS POTOSI. 1944 <i>José Jayme</i> | 69 |

| | |
|--|-----|
| SALVE, SAN LUIS. 1946 | 71 |
| <i>José María Dávila</i> | |
| TROFEOS DEL POTOSI. 1948 | 76 |
| <i>Manuel Ramírez Arriaga</i> | |
| CANTO A LA CAJA REAL DE MINAS DE SAN LUIS POTOSI. 1942 | 80 |
| <i>Pedro Caffarel Peralta</i> | |
| ELOGIO LIRICO DE SAN LUIS POTOSI. 1948 | 85 |
| <i>Pedro Caffarel Peralta</i> | |
| SONETO PROVINCIANO. 1950 | 88 |
| <i>Jesús Medina Romero</i> | |
| LA CIUDAD TRANSPARENTE. 1950 | 89 |
| <i>José Antonio Niño</i> | |
| SONETO A MI CIUDAD. 1950 | 94 |
| <i>Rafael Otero</i> | |
| PROSA PARA LAS AVECILLAS DE SAN LUIS POTOSI. 1950 | 95 |
| <i>Emilio Carballido</i> | |
| CANTO A SAN LUIS POTOSI. 1951 | 97 |
| <i>Margarita Paz Paredes</i> | |
| OH SAN LUIS POTOSI. 1951 | 100 |
| <i>Gabriel Méndez Plancarte</i> | |
| 7 APUNTILOS DE SAN LUIS POTOSI. 1952 | 101 |
| <i>Francisco Giner De los Ríos</i> | |
| SALMO DE LA CIUDAD TRANSPARENTE. 1952 | 106 |
| <i>Amparo Dávila</i> | |
| CANTO VICTORIAL A SAN LUIS POTOSI. 1953 | 110 |
| <i>Luciano Kubli</i> | |
| APUNTES DE SAN LUIS POTOSI. 1954 | 119 |
| <i>Efrén Núñez Mata</i> | |
| DE LA PRIMERA SANGRE. 1959 | 123 |
| <i>Luis Horacio Durán</i> | |

| | |
|------------------------------------|-----|
| CANTO A SAN LUIS. 1965 | 127 |
| <i>José Rosas Cansino</i> | |
| PIROPOS A SAN LUIS POTOSI. 1973 | 129 |
| <i>Ramón Mendizábal</i> | |
| SOLARIO NOCTURNO. 1980 | 136 |
| <i>Lucha Corpi</i> | |
| SAN LUIS POTOSI. 1954 | 139 |
| <i>Armando Adame</i> | |
| ORO POTOSINO. 1984 | 140 |
| <i>María Luisa Mendoza</i> | |
| CONVOCATORIA PARA UNA BUENA GUERRA | 142 |
| <i>Manuel Benitez Carrasco</i> | |
| INSTANTANEAS DE SAN LUIS POTOSI | 144 |
| <i>Joaquín Antonio Peñalosa</i> | |
| CRONICA EN ROJO DE 1592. 1986 | 146 |
| <i>Joaquín Antonio Peñalosa</i> | |
| NOTAS BIOBIBLIOGRAFICAS | 151 |



EX LIBRIS



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U.A.S.L.P.

No. DE REG.

FLH323

EL SEÑOR LIC. ALFONSO LASTRAS RAMÍREZ,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA IMPRE-
SIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL UNI-
VERSITARIA POTOSINA. LA EDICIÓN ESTU-
VO AL CUIDADO DEL AUTOR Y DE JOSÉ DE JE-
SÚS RIVERA ESPINOSA, FUE CONCLUIDA EL
11 DE DICIEMBRE DE 1992 Y CONSTA DE 1000
EJEMPLARES.

CANTAR DE
CANTARES
A
SAN
LUIS
POTOSI

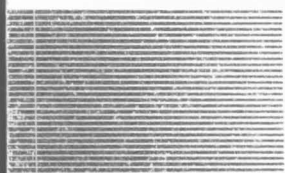
INTRODUCCION, RECOPIACION Y NOTAS
DE
JOAQUIN ANTONIO
PEÑALOSA

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

1992

*En la celebración de los 400 años
de la fundación de San Luis Potosí,
el señor Rector de la Universidad Autónoma potosina,
licenciado Alfonso Lastras Ramírez,
ha dispuesto la publicación de este libro que reúne
un coro de 30 poetas, de los cuales 15 son potosinos por
nacimiento o vecindad, 12 nacionales y 3 españoles.*

*Desde 1837, han cantado a la ciudad minera y jardinera,
a sus siete barrios de piedra y cielo,
al oro molido de la luz, o al encanto de
la Caja de Agua, este frutero de manzanas doradas .
La ciudad nos vive
más que nosotros vivimos a la ciudad.*



Editor
Univer
Potosí



FLH323